



Puerta santa, puerta de la misericordia

Índice

Presentación	3
Retiro	5
Formación	13
Comunicación	22
Vida salesiana	25
Pastoral Juvenil	29
La Solana	32
El Anaquel	37
El Anaquel: Jubileo de la Misericordia	39
El Anaquel: Año de la Vida Consagrada	47

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura y Xulio César Iglesias.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Presentación

Puerta santa, puerta de misericordia

Redacción

El próximo 8 de diciembre, dentro de las celebraciones de la Inmaculada Concepción, el papa Francisco abrirá la puerta santa de la Basílica de san Pedro del Vaticano. Este gesto será el comienzo del año santo de la misericordia. Este símbolo, la puerta santa, en uno de los elementos propios de los años jubilares, y, en este caso, la bula de convocatoria de la este evento, *Misericordiae Vultus*, insiste particularmente en el simbolismo de esta puerta que se convierte en auténtica “puerta de la misericordia”, “a través de la cual cualquiera que entre podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza”.

De hecho el papa establece, en la propia bula, que en cada iglesia particular se abra durante todo el año santo una puerta de la misericordia. Francisco, como obispo de Roma, dará ejemplo el domingo siguiente, en el tercer domingo de adviento, con la apertura de la puerta jubilar de la Basílica de san Juan de Letrán, la catedral de la diócesis romana. En ese día es en el que se establece “que en cada Iglesia particular, en la Catedral que es la Iglesia Madre para todos los fieles, o en la Concatedral o en una iglesia de significado especial se abra por todo el Año Santo una idéntica *Puerta de la Misericordia*”.

Este gesto, en las iglesias locales, tiene que expresar un compromiso claro: “vivir este Año Santo como un momento extraordinario de gracia y de renovación espiritual”. De esta manera todas las iglesias se mostrarán simbólicamente más unidas en la vivencia y en la propuesta de la misericordia a nuestro mundo.

La puerta, enseña la bula, es entrada pero es también llegada. La peregrinación hasta la puerta santa, que tan bien conocemos gracias a los años santos jacobeos se proponen aquí como modelo de todos los caminantes de la vida cristiana. Volvamos al textos: “También para

llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometemos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros”.

Dios camina a nuestro lado, como nos muestra la Palabra de Dios que ofrecemos un mes más en nuestra publicación. Dios nos acompaña incluso en momentos dramáticos, como reflexiona el jesuita Daniel Izuzquiza a propósito de los atentados de París... Dios nos ofrece toda su ternura alentando nuestras esperanzas más profundas, como estamos a punto de celebrar en un nuevo adviento.

Signos de Dios en lo cotidiano Volver al mundo desde el corazón¹

Xavier Quinzá

Vivimos tiempos de incertidumbre

En esta situación de fragilidad cultural de la fe en la que vivimos, de lo que se trata es de pasar de experimentar la fe como una fortaleza inexpugnable, a vivirla como el éxodo de la palabra de Dios entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Esta es, fundamentalmente la función de la contemplación: hacernos ver grietas en lo que llamamos la realidad, ventanas para descubrir a Dios en medio de nuestra vida.

Lo más importante de esta nueva perspectiva que nos regala la mirada contemplativa es que, respecto a la cultura de la que vivimos introduce una fragilidad, una extrañeza, una duda. Sabemos que podemos manipular la experiencia de la escucha, que podemos impostar una respuesta prestada, articulada desde moldes que no son vividos por nosotros sino aprendidos.

Esta experiencia de la fragilidad, de la herida, es una constante en la oración y en la vida cristiana. Es desde la conciencia herida de nuestras certezas, desde el saber oscuro de la fe, como miramos el mundo, y por eso nuestra mirada discernidora es especialmente inquieta para las aparentes certezas de esa misma cultura.

La verdad es que en todos los lugares humanos en donde se afirma la estabilidad y la consistencia de la cultura ambiente, en donde se legitiman los modos adecuados de pensar y de querer, es precisamente donde aquél que descubre una mirada de Dios, presume una debilidad, una sospecha.

Quizá sea así, tal y como se nos dice, como se consigue la felicidad, como se fundamenta el prestigio, como se logra la satisfacción, pero quizá no. Quizá la realidad sea solamente una figura, una construcción social cuya consistencia se percibe solamente desde el que se la presta y, en cambio, desde otro punto de vista, se presente mucho más frágil, menos estable y fundada.

¹ Los materiales completos en <https://vidareligiosa.es/propuesta-de-retiro-15>.

Una visión de los signos de extrañeza

Vivir en el corazón de una cultura, pero con la conciencia del exilado es una prerrogativa epistemológica, porque nos aporta una mirada diferente a la de los integrados. Una visión de los signos de extrañeza que capacita para descubrir la debilidad debajo de la solidez de lo cotidiano, en los mecanismos de arraigo que se utilizan para vencer la angustia en esa cultura, como de cualquier otra.

Aquellos que, siendo de una patria, no tienen en realidad ninguna, están poniendo el fundamento de la vida en el futuro más que en el presente, en lo que esperan y sueñan más que en lo que la realidad les ofrece en esta figura del mundo, en esta ficción de la que forman parte.

Y no se trata de vivir a medias, sin entregarse a lo incidental del instante, como reservándose el compromiso con lo terreno y aplazándolo para un más allá ilusorio. El cristiano hunde sus raíces en la realidad en la que vive, y la toma muy en serio como el único lugar de fecundidad y de arraigo, pero de esa fidelidad a la tierra no nace lo definitivo.

La realidad tiene una consistencia “que no se ve” y la fe es la prueba de ello, lo que esperamos tiene una garantía en lo que sentimos y confesamos: que el único Señor de los tiempos es Jesús y que abandonar la vida en su Palabra es experimentar una pertenencia esencial que nunca defrauda.

Aprender las palabras vivas de la fe

Desde luego, si queremos proponer una calidad diferente a la vida en este tiempo de incertidumbre y desolación cultural, tendremos que aprender un nuevo lenguaje para hablar de Dios.

Las palabras envejecidas de nuestro hablar de Dios más que revelar, esconden el misterio de fuego que nos habita. A base de repetir las se han convertido en una cáscara fría que nada encierra dentro. Nos siguen sirviendo para transmitir la doctrina, pero nada revelan del arcano. Hemos hecho con ellas lo que hace con el dinero una mala política económica: de tanto fabricar papel moneda para la circulación y el consumo se ha perdido el valor real de los billetes. Lo mismo sucede con nuestras palabras religiosas. También nosotros hemos vulgarizado las palabras sobre Dios a base de manipularlas y de usarlas de forma vacía, sin que expresen experiencias vividas, y ya no valen nada. Y como las menguadas reservas de oro devalúan el papel moneda y lo convierten en un signo vacío de lo que fue, así nos ha pasado en la Iglesia de Dios.

Las reservas de la fe son las experiencias de Dios actuales y vivificadoras. Y nos debemos preocupar más por activar la fe creyente sobre la fe creída. Es menos importante que aprendamos el catecismo que aprendamos a creer en el Dios activo y vivo.

Ello no implica ningún desprecio a la fe creída de la Iglesia que debemos conocer, confesar y venerar como verdaderos hijos. Pero necesitamos aumentar el caudal de reservas, el caudal de experiencias creyentes para que las palabras de la fe arraiguen en un suelo firme de humanidad y adquieran la fijeza de lo que importa para lo cotidiano del que las vive.

Sin actuar la capacidad humana de comunicar la experiencia interior, la cálida o desesperada vibración de Dios en nuestra carne no podemos pretender una circulación adecuada de las cosas que creemos. Necesitamos volver con discernimiento creyente a las experiencias espirituales, a los intentos que hacemos por escuchar la palabra interior del Espíritu, incluso a los fracasos cuando nos descubrimos oyendo solamente a nuestro propio eco.

Abrigar a Dios con nuestras pobres palabras

Necesitamos aumentar el caudal de los relatos de la fe, recuperar la tradición cristiana de narrar historias. Los símbolos narrativos del amor de Dios se reciben en un nivel muy hondo de la personalidad, que es el que cuenta para movilizar la vida.

Allí, en ese nivel profundo, en donde se arraigan las vivencias, es donde podemos rehabilitar el deseo de Dios. Donde podemos gustar y sentir la fuerza de su Palabra que nos está invitando sin cesar a restaurar nuestra humanidad y a plenificar nuestra vida.

Si escuchamos e intercambiamos las palabras vivas de la fe nos podemos confiar a ellas y abrirles el corazón a lo que prometen. Hablar un lenguaje es siempre rehacer una forma de vida: por eso saber hablar de Dios es ya una forma de conocerlo.

Aprender a ser creyente es participar en un nuevo juego de lenguaje y entrenarse en él participando en aquellas experiencias que en el intercambio de lo que escuchamos y respondemos va fructificando con una forma aún inédita de vida.

De este modo nos vamos disponiendo para acceder a la experiencia espiritual y para darle abrigo con nuestras pobres palabras en medio de este paisaje frío y desolado de nuestra cultura.

Discernir hoy los signos de las oportunidades de Dios

¿Por qué es tan importante discernir los signos de las oportunidades de Dios? Porque vivimos en una época de crisis, es decir, de cambio, de crecimiento, porque tenemos la tentación de caminar buscando seguridades y no adentrarnos en la pasión y radicalidad de nuestra vocación.

Volver a sentir su llamada, aquí y ahora, revitalizar su presencia constante, que es un gran anhelo de la entrega incondicional que profesamos. Y el ahora es un tiempo de oportunidad: es el gran reto, el desafío, la ocasión de nuestra vida. Llamada urgente

y apremiante que exige un discernimiento verdadero, una actitud activa y contemplativa, no meramente normativa y programadora.

Pero debemos aprender de nuestra historia pasada: cuántas veces hemos creído que ya estaba claro, que ya lo conocíamos y hemos descubierto con dolor errores y caminos torcidos en los que, más que escucharle a Él, nos hemos escuchado a nosotros: a nuestros temores, a nuestras ansiedades.

Buscar los signos de Dios es escrutar sus deseos en los acontecimientos que hemos vivido y que han sido capaces de movilizar las energías dormidas, es hacer que nazca en verdad lo nuevo de Dios para nosotros.

Jesús mismo denuncia el deseo idólatra y curioso de sus contemporáneos que andaban buscando señales maravillosas y se cerraban a descubrir la verdadera señal de Dios que era la irrupción de la fuerza del Reino de Dios. Por eso el signo de Jonás que Jesús les anuncia es una llamada a la conversión y a cambiar el rumbo de sus vidas escuchando su Buena Noticia.

¿Y quiénes son los que descubren esa nueva presencia de Dios en la tierra? Los pequeños y los humildes a los que Dios tiene a bien revelar lo que oculta a los sabios y poderosos. Aquellos que saben escuchar la voz del Profeta, Signo mayor del Reino y son benditos del Padre, que los cuida y los protege. Este es el mensaje central de las bienaventuranzas, verdaderas puertas de entrada al Futuro de Dios.

Indicaciones para discernir según el Evangelio

Podemos encontrar algunas sencillas indicaciones para discernir hoy las señales del Reino en el discernimiento de la misión a la que nos envía. El tiempo es espacio y lugar de salvación. Dios es su dueño que nos lo regala para que lo redimamos, para que lo hagamos fecundo y humano. Jesús es el amor clarividente, el de la mirada limpia, el de la lucidez fiel a los deseos del Abba. Por eso debemos recurrir a su Evangelio para descubrir las indicaciones que nos lo hacen hoy también actual y presente:

- Ver en qué nos despierta Dios la conciencia

Si estamos atentos a sus indicaciones podremos descubrir en qué orientaciones Dios mismo está tirando de nosotros y nos está despertando la conciencia. Atentos a sus deseos, comprometidos con sus intereses, nos aprestamos a hacer su voluntad, a descubrirla en este presente de nuestra vida. Realizar aquello que sentimos, que intuimos como llamadas suyas.

Es muy importante que nos dejemos disponer, que no queramos manipularle, que no entremos en dinámicas de autogratificación o de autojustificación. Acoger con libertad sus indicaciones y seguirlas con sencillez de corazón. Captar los efectos de las decisiones, es decir, cómo repercute en nuestra vida, cómo nos implica, qué renuncias nos pide. Si elegimos bien, según la sabiduría ignaciana, creceremos en

confianza, en amor ardiente, en deseos de más... Una lectura más íntima y atenta del Evangelio es necesaria para contrastar, para ponernos en sintonía, para bucear en las actitudes de Jesús.

- Situar el discernimiento en claves eclesiales y comunitarias

Leemos los signos de Dios como lo que somos: su familia, los convocados a la alianza con Él, los reunidos por la fuerza de su Espíritu. No podemos discernir en solitario, a nadie se le concede la facultad de discernir los signos de Dios desde su único albedrío, sino siempre en comunión con los otros, en vinculación eclesial y comunitaria.

Somos una comunidad de y en discernimiento. Con gran atención a las voces de los profetas y de los oprimidos de la historia, que son siempre las mediaciones reales del querer de Dios. Y procurando ser buenos testigos de su Evangelio, en fidelidad no manipulada a sus palabras y a sus acciones, aunque nos duelan. Sintiendo con la entera Iglesia de Dios, que es la que nos asegura una orientación más segura y fiable para hallar lo que Dios quiere.

- En el análisis lúcido y completo de la realidad que vivimos

Lo debemos hacer desde un serio análisis de lo que sucede, en sus tendencias y realidades más sobresalientes. Debemos ayudarnos de los instrumentos del análisis de la realidad para captar la densidad de lo que pasa, su autenticidad, lo que puede encerrar de novedad y de reto urgente. La realidad discernida en lo que tiene de más cercano al Evangelio: signos de ahora mismo que nos evocan los que Jesús anunció y realizó.

La cercanía a los signos del Reino es siempre un criterio de análisis, más que lo sociológico, lo ideológico o lo estratégico. Con el estilo del evangelio: es decir, atendiendo a lo pequeño y fragmentario, a lo débil y amenazado de la sociedad. Hay una marca evangélica en lo oculto pero fecundo, en aquello que aún no aparece pero que tiene una fuerza enorme, aunque exige atención y paciencia. Como la semilla o el grano de mostaza, o la levadura...

El tiempo presente es también tiempo de salvación. Por eso se hace necesaria una interpretación correcta de lo que vivimos. A veces podemos dar la sensación de que ya no confiamos en la capacidad del amor de Dios para evangelizar el tiempo que estamos viviendo.

¿No será que estamos olvidando que Dios es el Señor de nuestro tiempo, de nuestra cultura? ¿O nos cansamos de pensar nuestra fe en las circunstancias concretas de nuestra historia, en el enclave de lo que vivimos en este nuevo milenio?

- ¿Dónde buscar a Dios en el presente de nuestra historia?

En primer lugar le podemos buscar en la soberana libertad de su acción amorosa. Dios no es el mago que nos mueve como marionetas tirando de los hilos. Dios no interviene normalmente arreglando con apaños los males de la humanidad. Dios es una libertad personal que se encarna porque nos ama.

Por eso a Dios se va por él mismo, desde su atracción, desde su gracia. El sentido de Dios es, pues, una gracia y un aprendizaje que no debemos manipular. Accedemos a Él por Él mismo y desde Él mismo. Lo hacemos desde una progresiva inteligencia espiritual de su misterio de solidaridad y de perdón.

Ello implica que podemos movilizar nuestros deseos de rendirle a Él la entera confianza de nuestro corazón. Solo desde la misma relación personal que el Señor establece con nuestra historia por la encarnación de su Palabra podemos intentar una interpretación correcta de nuestro presente y de nuestro futuro.

- Dios no es el Incógnito que se esconde en la historia

Dios no es el Incógnito que se esconde en la historia como si quisiera jugar al escondite con la humanidad, al revés, Dios es el que se manifiesta en la persona y la obra de Jesús, en el Rostro del amado de su corazón, entregado en nuestras manos por amor. Por tanto también en fragilidad y en impotencia amorosa. Por eso donde podemos encontrarlo con seguridad es en nuestro corazón y en el de cada hombre y mujer que nos lo manifiesta.

Se trata, pues, de exhumarlo de su profundidad, de protegerlo en su intimidad, de defenderlo del desconocimiento y la ignorancia más o menos egoísta. Ayudar a Dios a que siga animando y preservando la libertad de cada persona, inspirando las obras concretas del amor, profiriendo esas palabras más íntimas y auténticas que constituyen su gratitud y su reconocimiento.

Cuando nos atrevemos a dejarle hablar al corazón, a escuchar sus inquietudes, estamos percibiendo sus gemidos, estamos prestándole atención a su voz. ¡No se nos anima precisamente a buscarlo en el vacío!

- Indicios de los signos de Dios en lo cotidiano

Los signos de Dios son los signos liberadores de su Reino. Y es nuestra responsabilidad actualizarlos en el tiempo concreto que nos ha tocado vivir. En esta historia nuestra dramática y desesperanzada. Por eso son signos que solicitan a nuestra libertad, que buscan seducirla para preguntarnos qué actuaciones darán forma y respuesta el amor que nos ha cambiado.

En qué decisiones se pone así en juego nuestra libertad desde el impacto que el sufrimiento de nuestras hermanas y hermanos soportan y padecen. ¿Cómo podremos

hacer real la preocupación paternal de Dios por sus vidas rotas, por su futuro amenazado?

Los signos de Dios tienen un carácter de urgencia. Son, sobre todo, las interpelaciones de la humanidad que nos ponen en crisis, que nos obligan a reordenar la vida, a tomar opciones más radicales sobre su estilo y formas concretas que vivir su realización más plena.

Signos para nuestra lucidez solidaria, para nuestro vivir más encarnado, para la asunción más real de los retos que ésta o aquella dimensión o circunstancia de nuestra historia nos ponen ante los ojos. Y el tiempo apremia. Se nos acaban las oportunidades de actuar decididamente ante la vida amenazada de los más débiles.

Pero también son oportunidades de Dios para nosotros. Vivimos el tiempo de nuestra vida como el conjunto de ocasiones para que el amor de Dios se nos haga presente, para que su gracia nos plenifique. Son los “kairoi” de la salvación de Dios, para nosotros, las oportunidades de saborear su ternura y de comprometer gozosamente la vida.

Los dones de Dios son las ocasiones en donde su amor se hace transparente, en donde su misericordia nos sana y nos rehabilita el deseo. Como forman parte de las promesas del Reino, se nos mostrará en el despliegue mayor de fecundidad y de vida. Las decisiones que debemos tomar con audacia son la oportunidad de Dios para cada uno de nosotros.

Por último, son también nuestro juicio a esta historia desigual e insolidaria. Al actuar evangélicamente le estamos echando en cara a la historia sus mentiras. Le estamos diciendo con Jesús que sus juicios no son los definitivos, que los que ahora ríen, a lo mejor llorarán, y que los sufridos y pacientes van a heredar la tierra.

Para llevar la historia hacia el futuro de Dios es necesario desenmascarar sus engaños y ponernos en guardia ante sus dinámicas de egoísmo o de violencia. Nosotros podemos juzgar a la historia desde el compromiso, desde la seguridad confiada en Jesús que nos dice: “¡Ánimo!, no temáis, yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33).

Señor de la vida, Señor de la historia

Tantas veces, Vida de nuestra vida, nos sentimos tentados de normalidad, de dejarnos mirar como seres cabales, recortados, a la manera de esta sociedad, que nos quiere integrados, seguros, sin desentonar...

Pero tantas veces sentimos la extrañeza, nos parece no ser de este mundo, y nos decimos los unos a los otros “Pero ¿en que mundo vives?”. Nosotros sabemos que desentonar es un privilegio de ojos despiertos, de mirada en la atalaya, de vigía en la frontera.

¡Señor de la Luz que no decae!

Danos a sentir la herida que se nos quiere hurtar de la mirada, el desfase y la fragilidad de quienes, al escuchar tu Palabra, nos quema como fuego en las entrañas!

Queremos estar atentos a tus movidas, que nos despiertan el corazón y lo hacen latir con los empobrecidos, los desposeídos, los violados en su mente y en su corazón.

Que nos lamentemos de no hacer lo suficiente, de no compartir lo que somos, de no compadecer con nuestra frágil promesa de hacernos y ser en verdad hermanas, y hermanos, y madres...

Queremos ayudarte a que no te extingas del todo de nuestro corazón, de nuestros desvalidos hermanos y hermanas.

Queremos exhumarte en la profundidad de nuestra herida historia, en sus cicatrices que no dejamos de tocar para incendiarnos los dedos y saber curar la miseria y la costra de indignidad que se nos queda pegada...

Queremos darles vida a los signos evangélicos de la alegría, de la mansedumbre, de la aceptación serena, del llanto que consuela.

Tu Hijo, tu Palabra, nos hecho ver tu verdadero Rostro, el del Padre materno que nos acoge, que nos busca dispersos, que nos abre el hogar de su corazón y nos prepara un banquete de fraternidad y de vida...

¡Danos tu Espíritu de Energía y Viento!

Que nos ponga en pie como ese montón de huesos secos que Ezequiel contempla en el valle de Akor, y que reviven y se organizan como una nueva humanidad.

Que nos refresque con el Agua viva, que brotará de nuestras entrañas muertas, al contacto creyente y adherido a Jesús.

Sabemos, Señor, que Tú has vencido al mundo!

Arte como belleza de la fe y la vida consagrada como confesión gozosa de la misma²

P. Marko Ivan Rupnik, SJ

Después de no pocos años acompañando diferentes experiencias pastorales con muchas congregaciones religiosas, tanto masculinas como femeninas, he elaborado una reflexión que hoy quisiera compartir con vosotros, al menos algunos puntos.

Primer punto

La belleza atrae, envuelve y enamora. Podemos decir que la vida religiosa hoy ciertamente no es bella, porque no atrae, sino que llora la falta de vocaciones. En nuestras comunidades debe haber algo que no sólo no atrae sino que repele, que da miedo. He conocido muchos jóvenes, chicos y chicas, a quienes horroriza pensar que puedan ser llamados a la vida religiosa. Y aunque los consagrados, tanto mujeres como hombres, estamos radicalmente empeñados por el hombre de hoy, trabajando muchísimo, sirviéndonos de todos los medios modernos... en todo esto no emerge la belleza. Somos estupendos, «buenas personas», pero no somos bellos, no «fascinamos». A las buenas personas se les aplaude, pero no se va tras ellas.

Incluso sobre Dios ha caído un poco esta sombra de nuestra esterilidad. He encontrado multitud de jóvenes y menos jóvenes que al unir «la vocación individual» y «la voluntad de Dios», les da pánico existencial tener que cumplir la voluntad de Dios. Un Dios que de este modo no se muestra como el Dios Padre, bueno, amigo de los hombres, misericordioso, el donador. Es más, ha debido intervenir el psicoanálisis para comenzar a sanar una imagen de Padre que de alguna forma hemos diseminado a lo largo del tiempo.

Hoy, también nosotros los religiosos, nos percibimos como parte de una Iglesia que ciertamente ya no es bella. Lo testimonian nuestras comunidades, llenas de problemas, de amargura y sufrimiento no resuelto, no redimido. Y todo esto se condensa en las iglesias y capillas que construimos en los últimos decenios, ya que ellas son nuestra imagen.

² Ponencia de la Jornada de clausura del año de la vida consagrada en España.

Segundo punto

Alguna cosa hemos perdido en el camino. En algún momento se debía pasar por una encrucijada y no se ha atinado en la dirección para continuar, sino que ha surgido una interrupción y algo que nos era ajeno se ha convertido en propio. Ha habido alguna cosa que no nos pertenecía y que hemos hecho nuestra. Porque para los cristianos de los primeros siglos y durante todo el primer milenio la belleza fue algo importante. Es más, los cristianos entraron en el mundo cultural teniendo una visión nueva y original de la belleza. Y ¿cómo han entendido la belleza los cristianos de los tiempos antiguos? Bello es lo que es «multi-estrato»; la belleza es la unidad orgánica de los diferentes, más aún, la belleza es la unidad de los diferentes estratos de la realidad. La base de la belleza es el mismo Cristo, es su exclamación que nos ha transmitido en el evangelio de Juan: «el que me ha visto a mí, ha visto al Padre... El que me ve, ve al que me ha enviado». Esa unidad que une diversas realidades en un organismo no es una idea, no es la fuerza de alguna energía, ni una ley, ni un sistema. Esa unidad no es una idea sino que es una persona, una persona con su amor. Y esta unidad llevada a cabo por el amor, se contempla en el rostro de esa persona. Mirando ese Rostro somos atraídos, envueltos, unidos. La belleza nos hace unirnos a aquel que dentro de una realidad se despliega como una realidad más profunda, y es más profunda porque une diversas realidades. Se contempla el Rostro de Cristo verdadero hombre, pero se es insertado en la unión con una Persona que es divina, que es el Hijo de Dios. Los cristianos han acogido la belleza a través de una contemplación, de una mirada purificada que hace ir más allá del primer estrato de las cosas, los eventos y las personas. Una mirada que te sumerge en los abismos de vida que se abren dentro y que, poco a poco, se delinean en el Rostro. Dentro de una realidad, descubrir otra, y encontrarse en unión con aquella más profunda, en unión con una Persona. He aquí la belleza. Dentro de una realidad, descubrir otra. Así es también el sacramento, así el agua, así el aceite, así es el vino, así el pan. Así es el bautizado, así es el marido, así la mujer, así es la Iglesia. Todo lo que es nuestra Iglesia es multi-estrato.

Tercer punto

La otra palabra para la belleza, que los cristianos amaban, era la de *símbolo*. El símbolo era la misma cosa, una unidad orgánica de mundos distintos, de tiempos diferentes, del humano y del divino, del histórico y del escatológico. Una unidad orgánica realizada en una persona, en Jesucristo. Y por ello, también el sentido mismo de la Iglesia, de la vida de los cristianos, de su misión, es la belleza. Pavel Florenskij, el gran genio y mártir ruso, decía que el sentido de la vida espiritual de cada acto cristiano es llegar a ser bello, es decir, ser un símbolo que dentro de la historia abre una ventana al *èscaton*, a la culminación de todo en Cristo. Para el mismo Florenskij, el testimonio es una realidad de belleza, porque es simbólica. Así es como lo describe el evangelio de san Juan. El testimonio consiste en que en los gestos, en las obras, en las palabras, emerge el otro, el Señor. El testimonio, como eje de la misión de la Iglesia, es vivir nuestra humanidad como teofanía, como revelación de la vida de Cristo, de la vida del Hijo. Todo nuestro obrar cultural y

social, cada uno de nuestros empeños, está llamado a convertirse en lugar de la caridad, es decir, lugar en el que Dios ama a nuestros contemporáneos en nuestra humanidad. Nuestra obra, de hecho, no es nuestra obra, sino que, como dice san Pablo, nosotros somos obra suya. Y los otros encuentran en nuestra obra el rostro del Salvador y Señor. Por eso la suprema belleza es el Cristo Pascual, porque es la humanidad vivida como ofrenda de sí, como suprema teofanía. El Hijo que revela al Padre, en la humanidad hecha filial. Para los cristianos, el martirio era el triunfo de la teofanía, de la vida nueva que hace que nosotros mismos vivamos como don para los otros. El mismo Pavel Florenskij sintetiza la experiencia cristiana de la belleza en la siguiente conclusión: «La verdad revelada es el amor (Cristo, el Hijo), el amor realizado es la belleza». Por eso se entiende que en la historia, la suprema belleza se reserva a la Iglesia, a la comunión, a las personas que viven una vida que es el amor y que se realiza al modo de Cristo, un modo pascual.

Es por ello que la comunidad cristiana se percibía a sí misma como un evento eucarístico, como el pan de la Eucaristía: sobre cada etapa de la vida cristiana hay una epíclesis de modo que continuamente el cristiano vive esta unidad con la vida de Cristo y con su realización. Lo que sucede sobre el altar, en la Eucaristía, se contempla de hecho en la comunidad que la celebra, porque lo que verdaderamente somos, es sólo lo que somos en la Eucaristía. Y las paredes de la Iglesia recogen lo que sucede sobre el altar en la comunidad, imprimen este evento, lo absorben. Por eso la arquitectura y el arte en las paredes se convierten en un autorretrato. Las paredes de la Iglesia son la tela sobre la cual la Iglesia pinta su autorretrato. Es más, es Cristo que por medio del Espíritu Santo dibuja el retrato de su esposa, la Iglesia. Justo así nace el arte de los cristianos, en una unidad orgánica con la liturgia y con la vida nueva, la vida divino-humana de la humanidad injertada en el cuerpo de Cristo. Tanto es así, que en el Concilio Niceno segundo (en el siglo octavo), llegamos incluso a encontrar cómo el edificio de la iglesia, con su arte, anuncia y celebra continuamente, también cuando en la Iglesia no hay liturgia. Y esto es así porque la Iglesia como edificio, con su arquitectura y su arte, es una identidad eucarística, como lo es la Iglesia misma.

Cuarto punto

¿Cuál ha sido la encrucijada peligrosa? ¿Cuándo hemos perdido algo y nos hemos engañado ilusamente con otro algo? La entrada en el imperio de Constantino, en el siglo cuarto, al principio parecía un acontecimiento que daría la posibilidad real de una integración universal en Cristo, tejiendo juntas todas las dimensiones de la vida humana en un único organismo divino-humano, con el imperio que progresivamente debía ingresar en el tejido de la Iglesia como un tejido pneumatológico, espiritual, orientado a la definitiva consumación en el *éscaton*. Pero todo esto fue puesto en compromiso, y lo que ha ido aconteciendo a lo largo de los siglos, ha incidido poco a poco pero de modo radical en la identidad de la Iglesia como comunidad eucarística. En el siglo cuarto encontramos todavía a los obispos padres de la Iglesia como testigos que insisten en la iniciación cristiana, esto es que, si bien la gran masa de gentes y poblaciones entraban fácilmente a formar parte de la Iglesia, debían de

todos modos llegar a tener una experiencia base, de raíz. Y para los padres de la Iglesia, la experiencia coincidía con la vida como comunión. La experiencia consistía en despertar tras la muerte en las aguas bautismales, donde muere el individuo y nace la persona, muere el hombre viejo y nace el hombre nuevo, muere una vida unida a la sangre de los progenitores y es resucitada una vida nueva, unida a la sangre de Cristo. En el bautismo, muere el «yo» con su ansia de autoafirmarse y resucita el hermano de los hermanos, miembro del cuerpo de Cristo. Muere el «yo» como mera expresión de la naturaleza humana herida, y resucita la persona que, con el amor recibido de Dios, ama a través de su naturaleza humana, transfigurando así la humanidad misma. Muere el individuo como el «yo», producto de la naturaleza humana, y resucita la persona como racionalidad recibida en participación de Dios. El individuo es un ser aislado, la persona es un «yo» constituido por las relaciones. La persona está constituida por la vida recibida de Dios, que es la comunión, que es el amor. La experiencia de los primeros cristianos era despertar encontrándose en una vida nunca imaginada, jamás pensada, una vida como comunión, formando parte de una existencia que no consiste en estar uno al lado del otro, sino en ser uno en el otro. La experiencia es la Iglesia. La experiencia es «Tu es, ergo sum» (tú eres, luego existo). La experiencia era descubrirse entretejidos en un organismo que es Cuerpo de Cristo, un organismo de muchas moradas, donde por primera vez se descubre una existencia en el otro: «Como yo estoy en el Padre y el Padre en mí, vosotros en mí y yo en vosotros» (cf. Jn 14, 10).

Pero las muchedumbres eran demasiadas, y esta iniciación mistagógica era prácticamente imposible. ¿Qué se hizo? Se quiso encontrar un pensamiento que hubiese sido realizado ya en el mundo clásico, un pensamiento que ante todo fuera conciso, preciso, claro, con el que se pudiera describir el ideal de la vida cristiana, reduciéndola a una doctrina. Se buscó describir de un modo tal ideal, que fuera universal. El pensamiento clásico era consciente de que el individuo no se corresponde en su perfección con el ideal, ya que el ideal es universal. Pero el individuo, de todas formas, se remite a este ideal, se rehace según ese ideal, busca imitarlo y conformarse a él. Por eso, la explicación de la doctrina se convertía *ipso facto* también en normativa, de modo que se hacía cada vez más hincapié en un enfoque jurídico y ético-moral. Se pasó de la experiencia vital a la doctrina, y de la fe a la religión.

Como testimonia la pintura al fresco en las estancias de Rafael en el Vaticano, precisamente en la de Constantino titulada «el triunfo de la religión cristiana» pintada por Laureti, a lo largo de los siglos se ha producido una verdadera y estricta sustitución de una religión por otra. El cristianismo como fe, entra en el imperio, y sustituye a una religión. Esta sustitución ha sido la más dolorosa y también la más perjudicial para la Iglesia, la que más daño le ha hecho, porque se trataba de la institucionalización religiosa del «evento Iglesia», y al mismo tiempo de una institucionalización religiosa de la fe, como demuestra en sus escritos Yannaras.

¿Qué es nuestra fe y qué la religión? Nuestra fe es la inhabitación de Cristo en nuestros corazones. Es la acogida de la vida filial en Cristo Jesús. La fe es la acogida

de la vida que es comunión, por lo tanto, acogida de una existencia de uno en el otro. La fe es una acogida de la vida que se realiza como don de sí, como pascua, como muerte y resurrección. La religión, sin embargo, es una creencia según la cual, en nombre de una doctrina religiosa, en nombre de una espiritualidad religiosa, el individuo debe auto-perfeccionarse y así salvar la propia individualidad. Y con el mejoramiento del individuo, mejorará la sociedad. Si el individuo lo consigue, es premiado, y si no, es castigado. La religión en este sentido es una realidad innata a la naturaleza humana, como lo son otras exigencias del individuo, cuyo objetivo es salvarse a sí mismo.

Cuando el imperio asume el cristianismo, exige de él una institucionalización como si fuese una religión, y de repente, en el corazón el cristianismo ya no está la vida como comunión, sino como individuo que se corrige, que se perfecciona según el ideal propuesto y enseñado. Esta es la trampa mediante la que ha comenzado la descristianización y la secularización.

La historia del arte nos testimonia magistralmente estos pasos que han ido sucediéndose. Porque en el renacimiento el individuo ha llegado ya a estar revestido de perfección. Si una Afrodita de la época clásica era un ideal femenino, y por ello universal, los rostros de mujeres en el arte renacentista son los de damas concretas, rostros de individuos concretos, hechos perfectos correspondiendo al ideal. Y son realizados perfectos en la forma de su naturaleza: lo que se perfecciona es la forma de la naturaleza humana. También esto se corresponde cabalmente con el pensamiento clásico: el individuo es la expresión de su naturaleza. En el caso del individuo humano es la expresión de su naturaleza humana la que es llamado, es más, forzado a corregir, a perfeccionar, a modelar según el ideal. Mientras que, desde la fe, la persona se expresa y realiza su comunión en su naturaleza humana y a través de ella, transfigurándola con amor, y todo ello haciéndose a la manera del triduo pascual, por lo que, de ningún modo se trata de formas perfectas.

A esta dinámica hemos destinado los esfuerzos de nuestra historia. Si vamos a leer la homilética de los últimos cuatro o cinco siglos, y los textos de la formación sacerdotal y religiosa, todos están prácticamente amoldados según este modelo de perfeccionarse a sí mismos. El individuo trabaja sobre sí mismo, tratando de corresponder con el ideal que en cada ocasión se subraya poniéndoselo delante.

Quinto punto

¿Qué ha sucedido realmente cuando se ha puesto el individuo en el epicentro? Se ha perdido una verdadera teología trinitaria. Porque se ha dado la precedencia a un enfoque filosófico racional, y sobre todo, porque se ha perdido la vida espiritual, se ha perdido la vida como camino de transfiguración. La transfiguración es el índice de la verdad espiritual, porque es una realidad de sinergia. Cristo fue transfigurado por el Padre, mientras que el individuo busca realizarse, trata de hacerse, de demostrarse, y Dios debería ayudarlo como un asistente. Se ha perdido la verdadera visión de la sinergia y de la transfiguración. Tanto es así que desaparecen las iglesias

dedicadas a este misterio y desaparece como tema de arte en las iglesias. Consecuentemente, desaparece la verdadera escatología, que en primer lugar es reemplazada por un idealismo filosófico y por un romanticismo devocionista, y después prácticamente se esfuma. Pero sobre todo se mata al símbolo, se pasa al tratado, y la belleza se convierte en un valor autónomo, no indispensable, más bien decorativo. Se da toda la importancia al bien y a lo verdadero. Lo bello camina por su cuenta. Mientras que, como nos advierte el gran Soloviev, la verdad que no se comunica como belleza es una ideología que aplasta a las personas. Y el bien que no se realiza como belleza, se convierte en una dictadura del bien, un fanatismo moralista que es el mal. La belleza es la carne de la verdad y del bien. El individuo, por lo tanto, nunca podrá ser un símbolo. Porque es mono-estrato. Sólo se revela a sí mismo, o sea, al yo que se autoafirma con la perfección de su forma. No puede hacer emerger al otro, porque le falta la vida como comunión. La relación no le es constitutiva, sino un accidente. Por este motivo el individuo no puede ser bello en el sentido eclesial, es decir, que dentro de sí, sus gestos, sus obras, no pueden hacer emerger la comunión. Porque la comunión es una realidad que no se conquista, no se alcanza, no está en posesión del hombre. La comunión, en sentido estricto teológico, es la vida de Dios. Y esta nos es donada, viene acogida. El individuo por encima de todo es, existe, se autoafirma, y después se empeña en vivir diversos valores religiosos, e incluso busca empeñarse por la comunidad, pensando que la comunión consiste en la vida comunitaria. El pecado reduce el hombre al individuo (Cristos Yannaras). El individuo no está capacitado para la comunión, porque simplemente no la tiene, no participa en la vida que es comunión, y por eso no puede vivir la comunidad como realización del don, sino como realización de sí mismo. Por ello para él esto es siempre un problema. Las obras llevadas a cabo por los individuos (aunque vivan juntos y las realicen juntos) no pueden hacer emerger al Otro (con mayúscula), sino sólo a los propios individuos, y al máximo hacer ver lo geniales y estupendos que son. Van muy bien dentro de la institucionalización religiosa. Tienen por lo tanto una función para-imperial, para-estatal, pero no teofánica, no hacen emerger la comunión. Porque esta vida comunional, el individuo no la tiene.

Con el paso del tiempo esto también nos ha sucedido a nosotros, se ha perdido el verdadero sentido de la Iglesia, que es la revelación de la vida nueva como participación en la vida divina, que es comunión. En un tiempo en el que el mundo se ha hundido en una crisis muy grave, nosotros no tenemos prácticamente una propuesta convincente que pueda atraer la atención de nuestros contemporáneos, porque la crisis que se extiende por el mundo, es también la que impregna la Iglesia, esto es, el individualismo decaído en un subjetivismo exasperado. También nosotros nos empeñamos en realizar santísimas metodologías de las ciencias modernas, imitando así al mundo y perdiendo nuestra novedad, que no está en estas cosas sino en la vida misma, en una nueva existencia de la humanidad. Nuestros reclamos a la ética, a los valores, lo que hacen simplemente es constatar nuestra paupérrima propuesta de la vida.

Punto sexto

La revelación y la dogmática nos dicen que la comunión del Padre y del Hijo es la Persona del Espíritu Santo. Sergej Bulgakov (quizá el teólogo más grande del siglo pasado) sintetiza con claridad diciendo que el Espíritu Santo hipostatiza la vida divina como comunión. En los pentecostés, esta vida hipostatizada por el Espíritu Santo como comunión, se extiende sobre los hombres, y en el bautismo este mismo Espíritu Santo nos hace participar en la vida divina, que es comunión, constituyéndonos como Cuerpo de Cristo. Es necesario dejar de pensar definitivamente que el individuo tenga acceso a la vida divina. Cuando al individuo le es participada la vida divina, se produce su muerte. Él muere como individuo y resucita como persona constituida de las relaciones, de la comunión. El paso del individuo a la comunión, esto es el bautismo. Estos son los pentecostés personales que constituyen al hombre, otorgándole la vida con la que viene injertado en un organismo del cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Nikolaj Berdiaev (un pensador creativo) y Sergej Bulgakov, a menudo buscan hacer ver cómo la Trinidad es una sinergia absoluta de las tres Personas. Cuando obra una, siempre hay una co-presencia y una colaboración de las otras dos, y sin embargo se puede ver que la redención subraya la acción del Hijo. El camino que va del pecado a la vida nueva mete en el eje central la obra del Hijo, pero la extensión de esta nueva existencia llevada por Cristo a la humanidad con su Pascua, subraya la acción del Espíritu Santo. Con el bautismo nosotros somos incorporados en el Cuerpo espiritual de Cristo, cuerpo pneumático del Resucitado. Y aquel que nos injerta en este cuerpo espiritual es el Espíritu Santo, porque nos hace participar de lo que es del Hijo, su vida, la comunión. Por ello, para la Iglesia, el eje principal de su obra no es la redención, sino la creatividad de redimidos. Y la creatividad remite al Espíritu Santo, porque la creatividad significa teológicamente realizar en la historia una cualidad superior de la vida, de la vida nueva, la que no tiene fin.

Ahora quisiera tan solo mencionar cómo es curioso que nosotros, resbalando y desviándonos de la fe a la religión, metiendo en el centro al individuo, nos hemos encerrado en la dinámica *pecado-redención*, y hemos perdido totalmente la distinción entre iniciación cristiana (camino de la redención) y el arte de la vida del cristiano redimido, adulto, que es creatividad. Todavía existe la convicción de que la ascesis es espiritualmente más importante que la creatividad. Todavía hay quien está convencido de que con la ascesis y con la devoción se adquieren más gracias que con un empeño creativo. Aún nos movemos más en el terreno del deber, de las leyes, que en la libertad en Cristo. Todavía nuestra educación y formación no comienzan con la vida nueva en Cristo, y por lo tanto, siendo criaturas nuevas. Con todo, hemos sido liberados para que permaneciésemos libres. Igualmente es curioso ver cómo en los últimos siglos hemos escrito santísimos tratados sobre la Iglesia. Algo ciertamente extraño, pues justo estos siglos revelan el gran vacío de la teología del Espíritu Santo, que es el artífice de la Iglesia y la clave de cualquier argumento teológico. Hemos escrito tantos textos para demostrar la existencia de Dios, olvidando que para los cristianos la existencia de Dios viene evidenciada por la nueva existencia que

viven las mujeres y los hombres de la Iglesia. La Iglesia como vida de uno en el otro, como humanidad vivida como comunión: este es el argumento contra el que no hay objeciones, ya sea respecto a la Iglesia, ya sea respecto a la existencia de Dios, visto que la Iglesia es justamente la participación con el modo de existir y con la vida de Dios. Preguntémonos honestamente, ¿cómo es posible que después de siglos en los que han florecido tantas obras nuestras, estemos dejando a nuestras espaldas una secularización tan violenta y un rechazo tan rabioso a todo lo que es de la Iglesia?

Punto séptimo

Ha terminado una época en la que la Iglesia era para-imperial, para-estatal, una iglesia de la utilidad para el estado o el imperio. A través de la historia Dios nos está liberando de una Iglesia funcional, reconocida por la sociedad en la medida en que le es útil. Nos está liberando de un cristianismo como religión. Este es un dato que Guardini, Berdiaev, Florenskij, De Lubac, consideraban ya al inicio del siglo veinte. Surge una época nueva que sucede a los siglos de la modernidad, para la que lo importante era la idea, y el primado pertenecía a la doctrina, al sistema, a la elaboración ideal, al método científico. El modo de proceder de aquella época era el de confeccionar primero la idea y luego aplicarla a la vida. Primero se ideaba y después se llevaba a la práctica. Para la modernidad lo importante no era la vida sino la elaboración sobre la vida y respecto a ella. Ya hace tiempo que terminó esa época en la que se iba de la idea a la realización de ésta. Según el ritmo con el que se siguen las épocas en la historia, la época nueva es una época orgánica (Cf. Guardini, Florenskij, Berdiaev, De Lubac).

La época nueva es la época en la que lo importante será la vida, y por desgracia parece que por nuestro retraso, por nuestra distracción, será una vida pagana, salvaje, envenenada con la muerte. Nosotros, todavía a estas alturas, discutimos con las leyes que se elaboran cada día, con las ideas que se encuentran tras ellas, no entendiendo que estas ideas, estas leyes, no preceden a la vida, como en la época anterior, sino que son expresión de una vida precisa, esa del sujeto que se rebela contra la normativa de la sociedad. Pero se impone él con su vida y quiere amoldar la sociedad a sí mismo y a sus gustos, con sus ideas y sus leyes. A este estado de las cosas, no se contraponen las ideas y las leyes, sino la vida nueva. Nunca como hoy en los últimos siglos es nuestra hora, la hora de la vida, de una humanidad teofánica de la vida nueva, de la vida pneumática. Es la hora de las mujeres y los hombres que viven una vida recibida como don, porque es la vida de Dios, es la comunión, es una vida multi-estrato, una vida bella, porque siempre en cada cosa hay todavía el espacio para hacer emerger al Otro. La vida es la luz de los hombres. Hoy es una especie de *kairós* para la fe, fe que es en primer lugar la vida nueva, la acogida que nos da el poder de llegar a ser hijos de Dios. Una fe que no es una doctrina para meter en práctica, sino la manifestación de una vida que se expresa con una nueva inteligencia y una nueva cultura. Es hora de despertarnos y, como dice Berdiaev, de tener la valentía necesaria para ser creativos, para pasar la página a una vida religiosa funcional, construida sobre la base del individuo y ligada a las obras del individuo. Se trata de responder al Espíritu Santo que habla a la Iglesia y salir de

nuestro caparazón individual, de acoger la vida nueva, una existencia nueva, se trata de salir de nuestras instituciones, olvidarnos de la para-estatalidad, y entrar como levadura y sal en medio a las mujeres y los hombres, nuestros queridos contemporáneos.

La primera evangelización de Europa fue realizada en el trabajo cotidiano, y también la nueva no tendrá lugar sino a través del trabajo. Si la vida consagrada tiene verdaderamente alguna vida que hacer ver, entonces tendrá que hacerla ver allí donde sufren, gozan y trabajan nuestros contemporáneos. Nosotros no pedimos un espacio para nosotros. El Hijo de Dios, al encarnarse, no quitó el espacio al hombre. El fuego no ha consumido la zarza y el verbo no ha disminuido la femineidad de la virgen. Así nosotros entramos a través de los lugares comunes, como el trabajo, en la comunión con las mujeres y los hombres, y buscamos fermentar la humanidad con la divino-humanidad.

Nuestra vocación no es la de construir instituciones alternativas, agravando así un falso contraste entre sagrado y profano, entre religioso y no religioso, entre espiritual y no espiritual, entre más y menos perfecto. Nuestra vocación es la de explicitar aquella vida que hemos acogido en los pentecostés personales, en el bautismo. Vida que es la vida del Cuerpo que es la Iglesia, en medio del mundo. Vida que se convierte en luz para todos los hombres. Vida que por su creatividad se realiza como belleza porque es multi-estrato, y hace emerger las realidades todavía siempre más profundas. Hace emerger el conocimiento del Padre.

🎯 Comunicación

El papel de los comunicadores en un contexto trascendente [tercera parte]³

Luis Núñez Ladevéze (Universidad CEU San Pablo)

La novedad en la tecnología

La cuestión sobre si la apelación neoevangelizadora compromete o no la objetividad informativa por implicar un marco dogmático tiene respuesta. Pues si el enfoque para el periodista abarca todo cuanto puede ser razonado sin necesidad de recurrir a argumentos doctrinales asumidos por decisión de una autoridad, lo relevante es que no se necesite apelar a ese magisterio para llegar a las mismas conclusiones, en especial en asuntos sobre los que, por hondos que sean los motivos de discrepancia, solo pueden dirimirse desde un trasfondo participativo que asegure la racionalidad de la discusión sobre los valores comunes o universales de la condición humana. Volviendo a una observación precedente, si postulamos la posición del “velo de la ignorancia” de Rawls, tal vez no cabría invocar una pareja homosexual como génesis natural de una sociedad humana. El informador no necesita apelar al magisterio más que como cautela o guía para adoptar una perspectiva o actitud que puede ser concordante por quien no comparte su creencia.

Para satisfacer un último aspecto de la tarea de analizar las implicaciones que supone a un periodista presto a servir a la advocación de la “nueva evangelización”, cabría enfocar la lente del comentario en el vocablo “nueva” del sintagma enunciado. Entre los distintos aspectos que pueden quedar comprendidos en la expresión “nueva”, hay uno explícito en el que nos detendremos sucintamente para dar punto final a esta exégesis.

Hay varias sugerencias contenidas en la reflexión sobre la “novedad” de la noticia evangelizadora. La primera es que se trata de algo permanente. En este sentido, hay un motivo pesimista en el hecho de que haya que promover una “nueva evangelización”: que actualmente sea más necesario esforzarse en *comunicarla*, que sea preciso “renovarla”, porque esa “buena nueva” haya perdido el brío, la fuerza de su origen, a causa del proceso de “secularización” del mundo occidental y de la convivencia de tradiciones culturales no siempre equiparables. Este entendimiento

³ Revista Doxa (2012), núm. 18, pp. 29-53. Última parte.

de la “nueva evangelización” está expresamente asumido en los documentos y ya tramitado en lo expuesto antes sobre el sentido del proceso de secularización de la sociedad cristiana. Ya hemos advertido como aspecto singularmente novedoso, que actualmente no se discute el texto, sino también el contexto, que ya no hay un lugar de encuentro, por muy controvertido que sea, como pudo haber durante la Ilustración una convergencia, aunque se divergiera en las interpretaciones, sobre el significado y los fines de procurar la libertad e igualdad humanas que impulsaron su proceso. En este ambiente de abandono o de claudicación de la modernidad de su seña originaria, puede ser paradójico que sea la “nueva evangelización” donde se icle la bandera para acometer esa función integradora.

Hay otro aspecto de la “novedad” contenido en el uso de la expresión “nueva” en el llamamiento a una “nueva evangelización” que está relacionado con la asunción de esa tarea de fijar un lugar de encuentro en la multiplicidad de las culturas y la aleatoriedad de las perspectivas. Se trata de la expresa acogida de los nuevos medios de comunicación como instrumentos adecuados para contribuir a esa labor evangelizadora. Este es el último aspecto por queda por atender, el que mejor corresponde a la condición de un estudioso de los medios de comunicación social. Repararemos solo en la ambivalencia de los efectos de la “democratización de la comunicación”. Los lamentos por la trivialidad de los contenidos especialmente del entretenimiento no son ocasionales. Aunque ahora no es momento de detenerse en este particular, no es dudoso que el transcurso de la “secularización” está ligado al cambio de los hábitos sociales condicionado por la renovación de los medios de comunicación. La posibilidad de difundir cualquier información, el acceso indiscriminado a todas las bases de conocimiento o de desconocimiento, promueve la equiparación en la apreciación social de los rangos del saber, igualando los criterios de credibilidad, desdibujando la diferencia entre las fuentes de autoridad. Que las nuevas tecnologías sirvan de instrumento de equiparación o de propagación de cualquier punto de vista, que acoja en igualdad de condiciones cualquier criterio de moralidad, forma parte del ambiente de labilidad, propio del conformismo nihilista y característico del relativismo moral que desde la perspectiva de la nueva evangelización “ha verificado una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles”⁴.

Ya que los medios comunicativos pueden multiplicar los estragos del proceso secularizador cabría razonablemente esperar una actitud de reserva hacia su uso. Si fuera así, la actitud no sería aislada. Son muchos los intelectuales prestigiosos que reprobaban las nuevas tecnologías⁵. Las advertencias de los riesgos derivados del acceso indiscriminado a internet son constantes. Por poner un ejemplo de la equivocidad, esta sociedad nuestra, occidental, es la que más se preocupa por asegurar un marco de protección del menor para defenderlo de los excesos de la transmisión de contenidos en los medios de comunicación e instrumentos similares,

⁴ Benedicto XVI, Carta Apostólica *Ubicumque et Semper*.

⁵ Tentación abierta al intelectual. Como muestra puede acudirse al *Homo videns* de Giovanni Sartori.

como videojuegos, móviles, consolas, etc. Y es también la que más se queja por los resultados de sus propias medidas. El asunto es simple: las propuestas enfocadas a enderezar la situación alimentan los estudios que describen un panorama preocupante. Esa paradójica combinación invita a reflexionar sobre si no habrá algún aspecto que escape a las previsiones y a los reglamentos. ¿No cabe pensar que la estabilidad de la infancia, por fijar la atención en un tema sensible objeto expreso de la atención institucional de la agenda europea, no depende solo de las políticas desiderativas derivadas de preconcepciones ideológicas, que nadie discute y que todos aceptan? El problema, entonces, puede que esté en otro lugar: ¿por qué los niños necesitan ser especialmente protegidos si hay un consenso institucional y social sobre la necesidad de protegerlos? ¿Qué pasa para que, estando de acuerdo en aceptar iniciativas protectoras, sea constantemente necesario insistir sobre la insuficiencia de los métodos destinados a la protección? ¿Hace falta acaso una encuesta diaria para cerciorarnos de que los niños necesitan más medidas protectoras de las acordadas tras la encuesta anterior?

Al final del trayecto habría que admitir que nos hallamos ante una desviación moral que ha desbordado el proceso secularizador, un riesgo cuya cura no está, obviamente, al alcance de los remedios que se invocan. Sin embargo, lo que expresamente se advierte, exhortando al uso de los medios en la apelación a una *nueva evangelización*, es que el problema no procede del instrumento, aunque no sean pocos quienes, apelando a estas razones, los rechacen. Desligar la información de un periodista que se proponga ser consecuente con la propuesta de nueva evangelización de cualquier directriz del magisterio sobre cómo ha de elaborar, abordar o presentar una noticia, es una derivación inherente a la confianza de que el contexto de la trascendencia no entra en conflicto con la razón moral. Pero las virtudes públicas son como los deseos, tienen validez desiderativa y, parodiando a Hume, ya debería saberse que de un deseo, aunque se haya elevado a precepto público, no se puede deducir una conducta responsable. Lo paradójico es que, habiendo unanimidad práctica y coincidiendo en la necesidad de prevenir los riesgos y patologías inherentes a los usos de la nueva tecnología, la enfermedad prospere cuantas más medidas terapéuticas se administran. Pero el *quid* radica en que, en el diagnóstico de que la causa no está en el medio, coinciden tanto quienes administran la inútil terapia como los promotores de una “nueva evangelización”.

🕉 Vida salesiana

Hablando de terrorismo... y de cruz

Carlos Rey Estremera⁶

En tiempos pasados

Estamos en clima de atentados y casi es obligado hablar de ellos. Recogemos el guante y lo hacemos, pero desde una perspectiva propia.

En el sueño de los 9 años de Don Bosco hay un detalle del que no explica el *por qué* ni el *cómo*: después del fracaso de Juanito en hacer callar a los “chiquillos que blasfeman”, aparece un “hombre venerando que le llama y habla con él. En ese momento, cesando sus riñas, alborotos y blasfemias, los muchachos se reunieron en torno al que hablaba” (MO 10). Es como si una fuerza, semejante a la que salió de Jesús y curó a la hemorroísa (Mt 5, 25-34), emanara de él y les atrajera. En ambos casos el fruto es la sanación y la vida.

Al introducir el *Reglamento del Oratorio* (1854) Don Bosco se sirve de un texto bíblico (Jn 11,52) para afirmar que Jesús hace hoy lo mismo que hizo en su tiempo: “Las palabras del Evangelio que nos dicen que el Señor vino a la tierra para reunir a los hijos de Dios dispersos, me parece que se pueden aplicar hoy a la juventud de nuestros días”. Es así, explica, porque la salvación de Dios, “eterna e inmutable, sabe adaptarse a los tiempos y a la índole de los hombres”.

Cuando Mamá Margarita (1851), incapaz de soportar las barrabasadas de los chicos, piensa en volverse a su casa, “Don Bosco le mira y, conmovido, le señala el crucifijo. Margarita mira la cruz, se le llenan los ojos de lágrimas y exclama: ¡Tienes razón, hijo! ¡Tienes razón!” (MBe IV, 184).

Puede que esto nos resulte bonito, piadoso y hasta conmovedor, pero..., ¿y qué?... A Don Bosco, dirán algunos, le queremos mucho pero es antiguo, porque hoy en día... Otros, sin embargo, conectarán con lo que, antiguo o no, expresa algo que ellos mismos han vivido y que es de siempre. Y NO DUDAN, no pueden dudar de ello, porque se les ha hecho EXPERIENCIA.

⁶ Texto inédito para Forum.com.

En nuestros días

¿Tiene Jesús tal fuerza de unir? ¿La tiene la cruz para cambiar la mirada? Traigo, para unos y otros, un hecho real y reciente sobre terrorismo, narrado por quienes mediaron para que se diera y fueron testigos del mismo.

Se trata de un impresionante testimonio de una víctima de ETA que se dirige por carta a su victimario como "a un hermano en Cristo", le recuerda el luto de tantas familias, le expresa su más sincero perdón y le envía una pequeña cruz de madera. El ex-etarra le responde desde la cárcel con otra carta en la que le pide perdón de todo corazón, le habla de su vida después de su conversión y le envía, también él, la pequeña cruz que le acompaña desde hace mucho tiempo. Este es el relato⁷:

Por distintas razones, el encuentro entre el hermano de la víctima y el victimario no pudo ser presencial y fue el hermano de la persona asesinada quien propuso la alternativa. La característica principal es que se hizo desde algo que ambos tenían en común: la religión.

Se trataba de una persona muy mayor y enferma, pero con un profundo trabajo personal de muchos años. En su entorno era conocido que, por sus hondas convicciones cristianas, había perdonado a los asesinos y pedía a Dios que les diese luz para darse cuenta de su error. No dudó en aceptar la posibilidad de encontrarse con el victimario, sin manifestar interés en preguntarle nada. Su intención era acoger su petición de perdón y expresarle el enorme dolor que le había supuesto la muerte de su familiar.

Nuestras previsiones eran de un encuentro muy breve, sencillo, sin grandes preguntas y cargado de simbolismo. La angustia de la espera hizo mella en su esposa que fue mostrándose contraria al encuentro, por lo que se canceló. Sin embargo, él mismo sugirió una opción alternativa.

Emocionado al tener noticia del proceso de cambio profundo de quien asesinó, le envió una carta manuscrita en la que le recordaba cómo los miembros de ETA habían puesto de luto a muchísimas familias y se habían manchado de sangre las manos. Sin embargo, lo más llamativo era el sobre, el encabezamiento, el final y otro pequeño-sobrecito con un regalo que remitía al ex etarra. El sobre y el encabezamiento de la carta, escritos con letra temblorosa decían: "A un hermano en Cristo". Pocas veces palabras tan retóricamente utilizadas en ámbitos religiosos tomaban un espesor de sentido tan profundo. Al final del texto le expresaba "Mi más sincero perdón" y le anticipaba su oración por él y le pedía lo mismo para sí. El sobre contenía una pequeña cruz de madera con el deseo de que no hubiese más crucificados, que acabase el sufrimiento y la violencia y le ayudase a caminar por el sendero de la paz.

⁷ Del libro: *Los ojos del otro: Encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA*, Sal Terrae Santander 2013.

La extensa carta de contestación señalaba expresamente: “Yo le pido a usted y a su familia perdón de todo corazón y con total humildad. Estoy profundamente arrepentido de haber contribuido con mi militancia en ETA a la violencia asesina y al dolor inconmensurable e irreparable que ha provocado durante décadas. Desde mi conversión, en julio de 1992, no ha habido día en que no haya sido consciente – y con una consciencia siempre creciente- de las tragedias provocadas por la violencia. Desde entonces trato de vivir conforme al Evangelio de Jesús y de transmitir la experiencia de mi conversión, intentando en la medida de mis posibilidades contribuir a que cese de una vez para siempre la violencia. Gracias de todo corazón por su perdón. Tendré siempre conmigo la cruz que me ha regalado. A mi vez, permíteme enviarle una pequeña cruz que me ha acompañado en los últimos tiempos. La suya y la mía son signos de reconciliación en Cristo Jesús, por la voluntad del Padre. Que el Espíritu de Dios nos mantenga unidos en la oración y en la memoria de su familiar, víctima mortal de ETA”.

El mismo día de recibir la carta, los facilitadores se dirigieron al domicilio de la víctima. Llegados a su casa, dijo que le leyese la carta. La acogió en silencio y con un profundo recogimiento interior (es un hombre que impresiona por su profunda espiritualidad, en un cuerpo machacado por múltiples enfermedades y dolores crónicos diversos). Simplemente añadió: “Muchas gracias. Es muy bonita. La guardaré dentro de la Biblia. Dios hace milagros”. Seguidamente, con una imponente y sobria dignidad, sin palabras, abrió el sobre con la crucecita que le enviaba quien perteneció a ETA, la miró pausadamente, la besó con unción y se la puso en el cuello mientras musitaba: “Me acompañará siempre”.

“Jesús, afirma Don Bosco, vino a unir a sus hijos dispersos y lo sigue haciendo”. Dicho de otro modo: Jesús une siempre.

En el caso que nos ocupa esta unión se da, ¡oh luminosa paradoja!, en la CRUZ DE CRISTO. En ella se insertan las cruces de víctima y victimario y de ella brota una NUEVA VIDA: “A un hermano en Cristo, mi más sincero perdón”, escribe la víctima; “Le pido perdón de todo corazón y con total humildad. Desde mi conversión, trato de vivir y transmitir el Evangelio. Gracias de todo corazón por su perdón”, responde el homicida.

Al final del intercambio de cartas la cruz de uno es la cruz del otro, y ambas son una con la de Cristo. ¿Sublimación o fruto de un proceso, sin duda doloroso, en el que Dios ha estado y ha actuado?

Las palabras y gestos de ambos revelan vidas reconciliadas y pacificadas: “Tendré siempre conmigo la cruz que me ha regalado”, promete el ex-etarra; “Miró la cruz pausadamente, la besó con unción y se la puso en el cuello musitando: «Me acompañará siempre», la víctima. Su cruz y la mía son signos de reconciliación en Cristo Jesús, por la voluntad del Padre”, sentencia el convertido. “La víctima guarda la carta en su Biblia y dice: Dios hace milagros”. Uno más, de tantos, a lo largo de la historia.

¡Qué nuevas resuenan, desde aquí, las palabras de Jesús!: *“Del mismo modo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él vida eterna”* (Jn 3,14-15). *“Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”* (Jn 12,32).

¡Y cómo nos descansan!, “como a un niño en el regazo materno” (Sl 131).

🎯 Pastoral juvenil

¡No podemos “engañar” a los jóvenes!

Pep Alamán, SDB

O quizá sería mejor decir que no podemos "despistarlos", es decir, alejarlos demasiado de la pista central. Me explico con dos ejemplos.

Primer ejemplo. En la dinámica de un taller de oración paso a un grupo de animadores unos textos tomados de páginas de internet. Son páginas, todas ellas, de recursos pastorales, y los textos, copiados tal cual de la pestaña que dice "oraciones". Deben ir leyendo y expresar cuáles de esas "oraciones" les gustan más, o con las que se identifican más y porqué. Van repasando la foto, comentando. De las veces que lo he hecho, en muy pocas alguien se ha dado cuenta de que hay trampa, porque efectivamente, entre aquellos textos no hay ninguna oración propiamente dicha.

Son reflexiones, textos muy bonitos -algunos muy conocidos-, pero ninguno de ellos contiene referencias a un TÚ al que nos dirigimos. ¡Y están clasificados en un apartado de "oraciones"! ¿Cuántos adultos y jóvenes habrán utilizado textos de aquellos para hacer un rato de oración con niños, adolescentes y jóvenes?

Segundo ejemplo. Encuentro de jóvenes cristianos. Por la mañana, oración inicial. Bailes, coreografías, gestos, canciones de actualidad con letras sugerentes... Todo realmente muy bonito, con una estética bastante trabajada y cuidada. ¿Pero qué ha pasado? Que en ningún momento se ha orado. Al igual que en el ejemplo anterior, no ha habido ninguna referencia al OTRO al que nos dirigimos, ni siquiera un texto de la Palabra, que podría haber sido una forma de "cumplir con el expediente".

¿No son estas posibles formas de "despistar"? Y no estoy diciendo -¡Dios me libre! - que lo que he explicado sea general. Simplemente quiero decir que fácilmente podemos caer en algunas trampas, sobre todo dejar de lado lo que en la oración debería ser fundamental y poner más énfasis en la estética formal, con la legítima buena intención de hacer una oración "atractiva".

¿Creatividad? Sí, aunque...

En nuestro contexto salesiano se habla mucho de la creatividad -una oración "juvenil y creativa", decimos-. Adelante con la creatividad, siempre y cuando no nos aparte de lo que es esencial. Y no lo digo por si pasa, sino porque ello, a veces ocurre. A mí

personalmente, no me importa una oración que mantenga siempre un esquema similar, que no tenga excesivas variaciones, de modo que ayude a los jóvenes a crear un hábito de oración, a entender y a experimentar lo que es fundamental.

Pensemos, por ejemplo, en la **oración de Taizé**. ¿Hay algún problema que tenga siempre el mismo esquema? Ninguno. ¿Es creativa? Podríamos decir que no, si entendemos la creatividad como un conjunto de recursos para hacer una oración cada vez diferente, variada y dinámica. Pero podemos decir que sí es creativa, porque consigue transmitir ciertos elementos esenciales de la oración, de algunos de los cuales haré mención a continuación.

Quede claro que me estoy refiriendo a aquellos momentos habituales de oración que se realizan con grupos de jóvenes de forma periódica y sistemática. En los momentos "extraordinarios" (una festividad, una celebración especial) sí que habrá que utilizar elementos nuevos y diferentes, sin que se abuse, y procurando que faciliten el clima de oración, que es lo que interesa. Recordemos que **no por hacer más "cosas" es más oración**. En todo caso, creo que hay creatividad para trabajar el mundo de la interioridad y para ayudar a alcanzar el silencio interior. Jóvenes y adolescentes conectan con ello. Y aquí sí hay que ser creativos. No porque esté de moda, que lo está, sino porque es clave fundamental para propiciar la experiencia de lo que en teoría sabemos: que somos templo del Espíritu, que estamos habitados por Él, que nuestro cuerpo, nuestra persona, es presencia de la Presencia. Es necesario que se lo digamos bien claro a nuestros jóvenes.

Por tanto, no hay que tener miedo a los **momentos de silencio en las oraciones de grupo**, un silencio adecuadamente motivado, si es necesario. Y no sólo para reflexionar sobre una lectura, que también, sino para **"disfrutar" de la Presencia** que nos habita, que nos habla y que nos transforma, si nos dejamos. Si una persona llega a comprender esto, y hacer experiencia, es más fácil que encuentre motivos para hacer oración (¡y que tenga necesidad!).

Por tanto, hay también creatividad para motivar la necesidad de **la oración personal**. ¿Por qué razones? Pues porque quizás la oración en grupo no es suficiente para "mantener la llama de la fe", o porque hay que escuchar con más frecuencia la VOZ que nos habla personalmente, o porque hay que ir tomando conciencia del propio proceso interior. Despertar esta necesidad también pide dosis de creatividad.

Y hay creatividad para ofrecer espacios de oración, en dos sentidos. En un sentido literal: **facilitar espacios accesibles y abiertos para poder entrar a orar (una capilla, una iglesia)**, con elementos que puedan ayudar (una música de fondo, alguna pauta escrita). Y, obviamente, en el sentido **"escuelas de oración"**, pero no para hacer discursos de cómo orar y de cómo es de bonita y de importante la oración, sino para **ayudar a hacer experiencia**. Estos deben ser momentos y espacios que motiven a aventurarse en procesos de oración personal, que ayuden a cada uno a encontrar su método para ir haciendo proceso.

Y aquí vuelvo a repetir la idea del inicio: no engañemos a los jóvenes. Porque les tenemos que dejar bien claro que los momentos de oración no siempre son bonitos, gratificantes y relajantes. También hay momentos de "desierto", de "no sentir nada", de lucha interior, de descubrir y de afrontar las sombras personales. Y porque, en el fondo, lo esencial de la oración es -lo sabemos y nos encanta como lo dice Santa Teresa- "***estar a solas con QUIÉN sabemos que nos ama***". Claro que, esto, de entrada, no parece que sea atractivo. Por eso son bienvenidos todos los esfuerzos creativos que hacemos para ayudar a los jóvenes a ir acercándose a esta experiencia central. Sin que los despistemos con formas y elementos no esenciales.

No sólo creatividad...

Sobre todo se necesitan **acompañantes**. Es necesario que las personas adultas que estamos con jóvenes seamos para ellos referentes de oración, que hablemos desde nuestra experiencia personal y que la sepamos transmitir. No se trata sólo de preparar y animar oraciones, se trata de **ser personas de oración**. Si lo somos de verdad, podremos ir un poco por delante de los jóvenes en cuanto a experiencia personal; sin embargo, desde la sencillez y la humildad, nos pondremos a su lado, como compañeros de camino, iluminando (¡no deslumbrando!). Y seguro que con la suficiente sensibilidad para ayudarles a adentrarse en el Misterio de la unión con Dios y de dejarse llevar por el Espíritu. Y juntos disfrutaremos de la paz, la alegría y el amor que se deriva.

Es, sin duda, un camino apasionante, que no sabes dónde te puede llevar, que transforma y que da sentido a la vida. Si nosotros lo recorremos con constancia y coherencia haremos que muchos jóvenes también entren. Sin engañarlos...

Hacia una espiritualidad para los mayores consagrados [tercera parte]

José Carlos Bermejo⁸

III. Del empobrecimiento a la madurez espiritual

La creciente conciencia de que la verdadera salud es un experiencia biográfica más que una simple disfunción en algún órgano o la ausencia de traumatismos, está contribuyendo a pensar que es posible hacer experiencia de salud también en medio a las dificultades y el envejecimiento.

En medio del inmediato empobrecimiento del que se hace experiencia en el envejecimiento, es posible vivir una madurez espiritual. Es necesario subrayar que la dimensión espiritual y la dimensión religiosa, íntimamente relacionadas e incluyentes, no son necesariamente coincidentes entre sí. Mientras que la dimensión religiosa comprende la disposición y vivencia de la persona de sus relaciones con Dios dentro del grupo al que pertenece como creyente y en sintonía con modos concretos de expresar la fe y las relaciones, la dimensión espiritual es más vasta, abarcando además el mundo de los valores y de la pregunta por el sentido último de las cosas, de las experiencias.

Pues bien, ser mayor es, indudablemente, un momento privilegiado para cultivar especialmente la dimensión espiritual.

Crecimiento humano y espiritual en el envejecimiento

La dimensión espiritual, pues, abarca la dimensión religiosa, la incluye en parte. En ella podemos considerar como elementos fundamentales todo el complejo mundo de los valores, la pregunta por el sentido último de las cosas, las opciones fundamentales de la vida (la visión global de la vida).

La Organización Mundial de la Salud dice que lo “espiritual se refiere a aquellos aspectos de la vida humana que tienen que ver con experiencias que *trascienden los fenómenos sensoriales*. No es lo mismo que “religioso”, aunque para muchas personas

⁸ Publicamos la última parte del capítulo tercero de su libro *Envejecimiento en la vida religiosa*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

la dimensión espiritual de sus vidas incluye un componente religioso. El aspecto espiritual de la vida humana puede ser visto como un componente integrado junto con los componentes físicos, psicológicos y sociales. A menudo se percibe como vinculado con el *significado y el propósito*.

Cuando la dimensión espiritual llega a cristalizar en la profesión de un credo religioso; cuando el mundo de los valores, de las opciones fundamentales, la pregunta por el sentido, cristalizan en una relación con Dios, entonces, hablamos de dimensión religiosa. Muchos elementos pertenecen, pues, a la dimensión espiritual, irrenunciable para toda persona, pero no todos los individuos dan el paso de la fe: la relación con Dios, la profesión de un credo, la adhesión a un grupo que comparte y concelebra el misterio de lo que cree.

Refiriéndose al final de la vida, De Hennezel y Leloup afirman que pertenezcamos o no a una religión, la preparación para acompañar a las personas que finalizan su vida debiera tomar en consideración la dimensión espiritual del ser humano. No solo no debiéramos avergonzarnos, sino que deberíamos saber que hay ahí una eficacia de otro orden, la eficacia del corazón.

Cecily Saunders se refiere a lo espiritual como el campo del pensamiento que concierne a los valores morales a lo largo de toda la vida, donde se dan cita recuerdos de defecciones y cargas de culpabilidad, apatencia de poner en primer lugar lo prioritario, de alcanzar lo que se considera como verdadero y valioso, rencor por lo injusto, sentimiento de vacío... etc.

Cultivar la dimensión espiritual, pues, en medio de la vida consagrada envejecida, pasa por mucho más que las prácticas religiosas.

Caminos de acceso a la experiencia espiritual

El sociólogo Durkheim habla de cuatro lugares privilegiados de apertura a lo trascendente, y constituyen caminos privilegiados para el crecimiento y la madurez de los seres humanos, pero de un modo especial de las personas mayores:

- la naturaleza
- el arte
- el encuentro
- el culto (religión).

En efecto, la contemplación de la naturaleza es un camino que nos invita a trascender lo más próximo. La belleza de una flor, de un paisaje, de una cascada... incluso la potencia de la naturaleza cuando se producen catástrofes, nos reclaman un poder que nos supera, un origen que nos provoca la apertura a la trascendencia.

Así también el arte. Tiene el poder de evocar algo más que lo tangible. Una estatua es más que una estatua, un cuadro es más que un conjunto de colores mezclados formando una imagen, una pieza musical es mucho más que una suma de notas... La armonía y belleza que impregnan las obras de arte evocan algo que nos trasciende, nos preparan el camino para abrirnos.

También el culto nos da acceso a la trascendencia y a la experiencia espiritual. Los ritos sagrados nos remiten con símbolos a algunas realidades que nos trascienden, particularmente en momentos importantes y cruciales de la vida: inicio, transición, final, vínculos especiales... En él expresamos nuestra relación con el Ser trascendente en que los creyentes fundamentamos la fuente de nuestra vida espiritual.

Y el encuentro interpersonal es también una vía de acceso a la experiencia espiritual. En efecto, mediante la comunicación, mediante el diálogo, una persona hace experiencia de trascendencia, de salida de sí, de éxtasis. Se descubre así la hondura y densidad del significado de la escucha, del silencio, de la palabra y del lenguaje no verbal, se hace que la experiencia vivida en la relación interpersonal.

Contemplar la naturaleza y el arte, participar en el culto y cultivar las relaciones, son posibilidades para las que hay especialmente tiempo en la vejez.

IV. Del “morirse” a la adjetivación del morir

Con el envejecimiento, inevitablemente, se aproxima la muerte que no ha sobrevenido en edad joven. Y ésta, se hace más familiar de lo que cuando uno es joven pueda imaginar. Más que nunca, se desea morir dignamente y no expropiado por la sobre-dosis de tecnología u otros dinamismos de marginación. Si una característica puede tener el morir para que este merezca el calificativo de digno es un morir apropiado.

La vida prologada conlleva la posibilidad de vivir más tiempo conviviendo con patologías largas, así como con otras degenerativas.

En todo caso, el ser humano, a diferencia de los animales, tiene la posibilidad de vivir el morir si no se es expropiado de esta posibilidad. Esta es la primera característica, pues, que debería tener una muerte digna: una muerte *apropiada*, no *expropiada* como nos lo hace ver de manera tan clara Tolstoi en *La muerte de Ivan Illich*.

Morir dignamente consiste en hacer el esfuerzo por *adjetivar* el proceso personal y acompañar desde el entorno a adjetivar con semejantes palabras el final. Cada persona, así, podría imaginar su propio proceso describiéndolo con calificativos personales, propios, que hicieran de este momento de su existencia un momento tan importante como es, definitivamente, el último.

Morir puede ser triste, pero que la persona mayor “muera” para los otros antes de morir es mucho más triste. Y esto es lo que sucede cuando tanto las palabras como el silencio imponen su lado trágico, cuando no se habla abiertamente, cuando se produce aislamiento relacional en torno al final de la vida.

Una muerte sería tanto más digna cuanto más fuera *dicha* por el sujeto y las personas a las que más le afecta. Una muerte “dicha” es aquella en la que hay espacio para la voz, para las palabras en torno al morir, donde se consiga escuchar lo que se dice y lo que no se dice, así como lo que hace decir aquello que se dice y lo que hace no decir aquello que no se dice.

Una muerte digna sería aquella que mereciera el adjetivo de *bella*, pero no en un sentido idealizado, sino una muerte en la que la persona viva hasta el último instante, que no muera antes, que no le vivan los demás o le mueran los demás.

Una muerte adjetivada sería aquella en la que los sujetos se sintieran *contentos*, es decir, salvados por la muerte, porque la muerte de la muerte sería la muerte del amor y de la solidaridad. Es la muerte la que da sentido último a nuestra vida, y lo es si somos capaces de llenar de contenidos y de comunión nuestras relaciones.

Promover una muerte adjetivada significa hacer lo posible porque la muerte lo sea de *artesanos* del morir, que el morir sea una dimensión de la vida a la que ya nos hayamos ido entrenando a lo largo de la misma, aprendiendo a perder y a integrar progresivamente nuestra condición de finitud.

Hablar de muerte digna significa trabajar porque la persona *se gobierne a sí mismo* en el máximo de sus posibilidades, gobernando así el espacio (físico, personal, afectivo, etc.) que le rodea en los últimos meses o días, hasta donde la naturaleza y la limitación personal lo permita.

Una muerte humanizada es aquella donde se pueda desarrollar la *legítima rareza* de cada uno, donde puedan ser expresados de manera adecuada los sentimientos, los deseos, las compañías deseadas o no, las expectativas...

Una muerte digna sería aquella que se convierta en verdadera *experiencia de amor* porque experiencia de muerte la hace solo el que ama. De la muerte deberíamos hablar como hablan los enamorados, que aman la vida porque es limitada, porque desean sacarle el máximo jugo y gozo a cada instante.

La muerte debería ser un *ejercicio de aprendizaje*, de arte, porque una sola cosa es el “ars vivendi” y el “ars moriendi” cuando se supera la idea de que el morir sea un instante y se concibe como un proceso en el caminar humano hacia la realización de lo que somos y lo que estamos llamados a ser.

Sería más humana aquella muerte que pudiera ser *narrada*. Porque, en el fondo, de aquello que no podemos hablar, lo mejor que se puede hacer es... narrarlo. Una

muerte narrada permite ser adjetivada por uno mismo, por los seres queridos. No encuentra explicación a los porqués, pero se llena de palabras al hablar de los cómo.

En el fondo, una muerte adjetivada sanamente recibiría el nombre de *muerte elegante*, porque sería a la medida de la capacidad responsable del propio elegir (=elegante) personal. Considerar la vida como un don, para quien así la interpreta, o un don de Dios, no debería llevarnos a pensar que su fin tenga que ser dejado exclusivamente a los juegos de azar de la caprichosa naturaleza no racional.

Una muerte adjetivada podría ser vivida así como la vida de un archipiélago, que se caracteriza justamente por estar unido por aquello que separa.

La muerte adjetivada se convertiría así en experiencia de *misterio* en lugar de simple problema que gestionar. El misterio no es algo que esté fuera de nosotros y tenga solución. Eso es el problema. El misterio está dentro de nosotros, nos envuelve y no tenemos más posibilidad que vivirlo. Vivirlo humanamente comportará la máxima expresión de salud de una persona, que se traduce en la *meditatio mortis*, que no será la desagradable obsesión por la misma, sino la humana comprensión del valor último de la vida a la vista de su fin.

Aprender a despedirse significa ser capaces de verbalizar con quien se va, el significado de la relación (a veces con la necesaria solicitud de perdón por las ofensas), y asegurar a quien se va que seguirá vivo en el corazón del que queda. Expresar los sentimientos, aprender a nombrarlos abiertamente constituye no solo una posibilidad de drenar emocionalmente y liberarse de buena parte del sufrimiento producido por la separación, sino también dar densidad y significado a la separación, escribir el último capítulo del libro de la vida de una persona y levantar acta de la propia muerte.

Esta ética del morir y de la relación al final de la vida contribuirá a humanizar la última etapa de la vida de las personas mayores que han consagrado su vida.

🎯 El anaquel

El terror y el error

A propósito de los atentados de París

Daniel Izuzquiza, SJ (EntreParéntesis)

Los atentados terroristas del pasado viernes 13 de noviembre fueron cometidos por tres comandos yihadistas, que actuaron de manera coordinada. Su objetivo era, directamente, sembrar el caos y la muerte en las calles de París. E, indirectamente, impulsar el horror que desde hace tiempo muestra el grupo terrorista Daesh.

Es claro que se hace necesaria una respuesta, pero conviene advertir que dejarnos dominar por el terror nos puede conducir al error. Concretamente, quiero señalar tres posibles errores concatenados, como los tres comandos del terror, en este caso referidos a cómo abordamos la cuestión de los refugiados.

Error número 1: en origen

Cuando hemos sido golpeados tan brutal y directamente, los europeos podemos pensar que esto solo nos pasa a nosotros, o que se trata de un acto muy excepcional. Pero, desgraciadamente, no es así. Según datos del Global Terrorism Index 2015, publicado hace apenas unos días, el año pasado hubo más 32.000 muertes por terrorismo en todo el mundo, el 78% de las cuales se concentraron en cinco países: Iraq, Afganistán, Nigeria, Pakistán y Siria. Sólo en este país hubo 232 ataques terroristas que causaron unos 1.700 muertos.

Pues bien: no podemos olvidar que los refugiados sirios huyen de la misma barbarie que estos días estamos sintiendo tan cerca. Si nuestra rutina nos hace olvidar la brutalidad de Boko Haram secuestrando niñas en Nigeria o de Al Shabab matando universitarios en Kenia, que al menos los atentados de París nos hagan un poco más cercanos a quienes sufren las bombas de Daesh en Siria, Líbano o Egipto. Sería un error olvidar el horror que empuja a las personas a huir de un país en guerra.

Error número 2: en tránsito

Durante las horas y los días que siguieron a los ataques terroristas del viernes hubo muchas informaciones inexactas, bastantes desmentidos, varios datos no contrastados e incluso algunos bulos.

Una de las historias, aún no esclarecidas pero que ha recibido gran atención (quizá interesada), se refiere a la aparición en las inmediaciones del campo de fútbol de Saint Denis de un pasaporte sirio, supuestamente perteneciente a un refugiado que entró por Grecia.

Ha bastado este dato, aún confuso, para que algunas voces hayan levantado alarmas, señalando que los yihadistas supuestamente entran en Europa camuflados de refugiados y reclamando un cierre de fronteras que bloquee la acogida a las personas que, huyendo de la guerra, solicitan protección internacional. Parece que el pasaporte en cuestión es falso, pero en todo caso bastaría uno entre 700.000 para poner en cuestión todo un sistema de asilo y refugio. Craso error, de nuevo motivado por el terror.

Error número 3: en destino

Si algo muestran los atentados de esta semana es que vivimos una confrontación entre civilización y barbarie. La civilización es, o quiere ser, un espacio de acogida e integración, de convivencia y de respeto, de pluralidad y de igualdad, de justicia y de paz.

La barbarie pretende construir una sociedad totalitaria, homogénea, oprimida. Pues bien, en la medida en que nos dejamos llevar por el prejuicio y la discriminación, caemos del lado de la barbarie. Y ese es otro error, explícitamente buscado por el terror.

Por ello, como ha declarado la portavoz de ACNUR, Melissa Fleming, "los refugiados no deben ser convertidos en chivos expiatorios ni en víctimas secundarias de esos trágicos eventos". Una sociedad civilizada, por el contrario, debe apostar por la acogida y la integración plena de las personas refugiadas en su seno.

He aquí tres errores entrelazados que, sin darnos cuenta, acaban haciendo el juego a los terroristas. Y es que, si el horror nubla nuestros ojos, podemos errar en la mirada y en la acción.



🎯 El anaquel

*Libres, porque elegidos
Dios se revela cuando salva (Ex 3,14)⁹*

Juan José Bartolomé

*“Dios ha descendido a la tierra movido por piedad para con el género humano...
Si no hubiese padecido, no se habría manifestado en nuestra condición de seres
humanos.*

*Primero ha padecido, luego ha descendido y se ha manifestado.
¿Cuál es la pasión que por nosotros ha sufrido? La pasión del amor”.¹⁰*

El libro del Éxodo, cuyo proceso de gestación no se ha logrado aún aclarar del todo, es la crónica épica del nacimiento de un pueblo, Israel, elegido por Dios para ser liberado de la esclavitud de Egipto y que, jurada alianza con su Libertador, va a poseer la Tierra que Dios le ha habia prometido. Un hecho básico -haber dejado de servir a Egipto- , que alimenta una fe nueva -gracias a la intervención inesperada de un nuevo Dios- , están a la base de una obra que tardó siglos en alcanzar su edición definitiva. Por más veces que se le fuera infiel, nunca se dejó de admirar a ese Dios, que «sacó a Israel de aquel país.., con mano poderosa, con brazo extendido, porque es eterna su misericordia» (Sal 136,11-12).

Dos son los relatos básicos que presenta: Ex 1,1-18,27, la crónica de la salida de Egipto; Ex 19,1-40,38: la narración de la constitución de la Alianza y de la promulgación de la ley que la sellaba. Ex 3,14 pertenece al episodio central de la primera parte: el encuentro de Moisés, pastor en el desierto de ganados que no son suyos, con un Dios nuevo y con una nueva misión en un monte santo. De la inesperada manifestación de un Dios compasivo nacerá un libertador.., y un pueblo libre y aliado con ese Dios.

1. El texto

Moisés ha tenido que abandonar Egipto y su corte (2, 15) por no haber podido soportar ver la servidumbre y el maltrato a los que estaban sometidos sus hermanos hebreos (2,11). Huye para sobrevivir, emprende una nueva vida en Madián (2,16-21).

⁹ Texto inédito para Forum.com.

¹⁰ ORÍGENES, “Hom. Ez 6,6”, en N. ANTONIONO (a cura di), *Omèlie zu Ezechiele*, Roma, 1987,119.

Allí, “emigrante en tierra extraña” como su recién nacido hijo (2,22) irá a encontrarlo un nuevo Dios con una inesperada misión.

^{2,25} «Los hijos de Israel se quejaban de la esclavitud y clamaron. Sus gritos, desde la esclavitud, subieron a Dios; ²⁴y Dios escuchó sus quejas y se acordó de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. ²⁵Dios se fijó en los hijos de Israel y se les apareció. »

Antes de contarnos el encuentro de Dios con Moisés en la zarza «*que ardía sin consumirse*» (3,2), el narrador vuelve a recordar la desesperada situación en que vivía Israel (2,23; cfr. 1,11-14.22). Había pasado mucho tiempo, había otro faraón en Egipto, pero la opresión de Israel no había disminuido, ni sus lamentos. La reacción de Dios, clave para comprender lo que va a provocar, queda anotada con precisión notarial: *escucha* las quejas, *se acuerda* de la alianza que mantuvo los padres, *se fija* en los hijos, *se les aparece* mostrándose a uno sólo (¡!) de ellos (2,24; 3,4).

Cuanto va a ocurrir es prueba y consecuencia de la implicación de este Dios, que aún no se ha dado a conocer, pero que no aguanta ya ver sufrir a un pueblo que todavía no es suyo. El proyecto de salvarlo y, como consecuencia, la decisión de enviar a Moisés, son consecuencias de la *com-pasión* que siente al ver la opresión.

^{3,1} Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios.

²El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse. ³Moisés se dijo:

«Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver por qué no se quema la zarza».

⁴Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza:

«Moisés, Moisés».

Respondió él:

«Aquí estoy».

⁵Dijo Dios:

«No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado».

⁶Y añadió:

«Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob».

Moisés se tapó la cara, porque temía ver a Dios.

⁷El Señor le dijo:

«He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. ⁸He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, perizitas, heveos y jebuseos. ⁹El clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí y he visto cómo los tiranizan los egipcios. ¹⁰Y ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel».

¹¹Moisés replicó a Dios:

«¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los hijos de Israel de Egipto?».

¹² Respondió Dios:

«Yo estoy contigo; y esta es la señal de que yo te envío: cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en esta montaña».

¹³ Moisés replicó a Dios:

«Mira, yo iré a los hijos de Israel y les diré: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”. Si ellos me preguntan: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les respondo?».

¹⁴ **Dios dijo a Moisés: «“Yo soy el que soy”; esto dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me envía a vosotros».**

¹⁵ Dios añadió:

«Esto dirás a los hijos de Israel: “El Señor, Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación”».

En lugar de aparecerse a todo el pueblo perseguido, Dios se presenta a uno, precisamente al que había abandonado a los suyos. Elige como libertador al único que, por salvarse él, había desertado. Más decisivo aún, vocación de Moisés y revelación de Dios coinciden: Moisés se sentirá llamado a liderar un intento de emancipación en el momento en que conoce – mejor, se le da a conocer – la identidad de quien lo envía (3,6.13-14). Cuando se recibe una misión, el enviado tiene que saber quién lo manda; sin conocimiento previo del mandante, no gozaría de legitimidad su enviado. Dios, en persona, se debe dar a conocer para poder mandar.

El relato de la vocación de Moisés es, pues, la crónica de la [primera] revelación de Dios a un pueblo. Dios va a buscar a su elegido no en Egipto, sino en Madián, no entre los esclavos que sufrían, sino entre pastores que vivían de sus rebaños (3,1). No eligió al que se quejaba, sino al que había escapado. Curioso proceder el de Dios.

El proceso de elección no es menos sorprendente. Moisés topó con Dios, cuando se había acercado a un lugar santo, «*la montaña de Dios*» (3,1). Allí le llamó la atención un «*espectáculo admirable*» (3,2), que no le pasó desapercibido. Moisés «*se fijó*» y quiso acercarse para contemplarlo y comprender lo que ocurría (3,2.3). Si su curiosidad lo había hecho tan audaz como para aproximarse a lo maravilloso, será la escucha lo que lo hará confidente de Dios (Ex 3,3: «*viendo el Señor que Moisés se acercaba., lo llamó desde la zarza*»). El ángel del Señor, sin palabras en la zarza, se le convierte en Dios, que le llama por su nombre. Un encuentro personal, no la visión de lo maravilloso, es lo que está al centro de la experiencia. Quien aparece es el Dios de los antepasados, conocido de oídas, no por experiencia personal. Ha sido ese Dios quien tomó la iniciativa de mostrarsele, pero Moisés hizo también su parte: fue a un lugar santo, se fijó en que algo inusual ocurría y se topó con un Dios al que no podía acceder pero sí escuchar (3,5).

Antes de presentar su plan, Dios se presenta a sí mismo. No es todavía el Dios de Israel, porque aún no le pertenece ese pueblo; no es suyo porque no lo ha salvado. Y como no lo ha salvado, no se ha dado aún a conocer. Pero no es totalmente un extraño: es «*el Dios de los padres, Abrahán, Isaac, Jacob*» (3,6). Y quien quiso ver de

cerca la zarza ardiente, tuvo que renunciar a verlo, pues temía morir (3,6): Moisés se dio perfectamente cuenta de *ante Quién estaba*. Aún no conocía, en realidad, *Quién era* el que hablaba. Era un Dios con un pasado glorioso, hecho de convivencia y atenciones con los grandes patriarcas. Era un Dios del pasado..., con un nuevo programa.

Dios no se contentó con presentarse a Moisés como el Dios de los padres. Le presentó un maravilloso proyecto de salvación para los hijos (3,7-10): Su exposición es, incluso narrativamente, el centro del relato. Inicia – y de nuevo esa es la razón de la intervención divina en la vida de Moisés y en la vida de su pueblo, cfr. 2,23-25 – mencionando el sufrimiento de «*su pueblo en Egipto*». Es la primera vez que Israel es llamado pueblo suyo y está en boca de Dios. Es su pueblo, no porque ya lo sea, sino porque está decidido a liberarlo. Ha *visto* la opresión, ha *escuchado* las quejas, *conoce*, pues, bien sus sufrimientos (3,7.9).

Un conocimiento tan exhaustivo le lleva a implicarse personalmente: ha bajado a librarlo, sacarlo de esa tierra y llevarlo a otra «feliz y espaciosa» (3,8). Es revelador que Dios se demore en describir con detalle la tierra que promete. Y más significativo aún, y aunque no lo haya realizado todavía, que se lo esté revelándolo solo a su elegido y – más sorprendente aún – que lo dé por hecho y pasado: ¡tan decidido está a liberar a su pueblo! Y como prueba de su decisión, envía a Moisés para que «*ahora... saques a mi pueblo, a los hijos de Israel*». (3,10). Moisés sabe que es enviado por Dios cuando conoce la salvación que proyecta para su pueblo. Va a representar ante el Faraón a Quien va a liberar a Israel del Faraón. Su conciencia de ser enviado coincide con su experiencia de un Dios salvador.

Ante tamaña empresa – revelación de Dios y misión de Moisés – el enviado, lógicamente, se siente incapaz e intenta rehusar. Lo hace no objetando el plan de Dios, sino manifestando dudas sobre sí mismo: «*¿quién soy yo para...?*». (3,11). Dios – lo que no es menos iluminador – no toma en cuenta la incompetencia declarada o la indisponibilidad aludida por Moisés. Más bien, parece conocerla y no pierde tiempo en rebatirla.

Asegura al elegido, eso sí, su permanente compañía: «*Yo estoy contigo*». (3,12) y le da dos garantías de que va en serio con el envío y su programa. La primera, el pueblo un día celebrará la liberación en la misma montaña en la que está Moisés recibiendo la tarea de liberarlo (3,12): ¡bonita forma de asegurar al enviado, prometiéndole algo que para cumplirse ha de haberse realizado lo prometido! La segunda garantía es más personal: Dios se da un nuevo nombre: «*es el que es*» (3,14) y «*‘El que es’ es quien envía*» (3,15). «*Ese es mi nombre para siempre, así me llamaréis de generación en generación*» (3,16). El nombre que Dios se da, una forma verbal y no un sustantivo,¹¹

¹¹ El verbo *hyh*, en su origen, irrumpir, respirar, ser activo, añade a su sentido básico de *ser* el matiz de actuar: es un existir que se manifiesta en la acción. De las 43 veces que sale en la Biblia hebrea, 31 está en boca de Dios y en la mayoría, excepto 9 casos, va acompañado de una preposición (24x: por; 10x, con; 2x, como). No suele llevar predicado: no es algo, es para alguien, una presencia que es actuación: quien es actúa a favor.

no es, propiamente una definición: vela al tiempo que desvela su naturaleza; insinúa para qué/quienes existe.

Moisés le ha pedido conocer su nombre para saber responder a los que le pregunten sobre sus intenciones. Con la revelación de su nombre/identidad Dios legitima a Moisés para que se presente, no ya al Faraón, el que ha de liberar, sino a los israelitas, los que han de ser liberados. Ellos deben saber que hay un Dios 'nuevo', no porque no sea el de siempre, el de sus padres (3,15), sino porque tiene un nuevo plan para ellos: los quiere ahora libres. Es un Dios que se manifestará en lo que programa. Se hace conocer mandando un mediador de salvación. Dios se da un nombre salvando a su pueblo. Y ese será, para siempre, la auténtica identidad de Dios.

No habría que pasar por alto el que Dios se hay identificado cuando estaba identificando la tarea que había concebido, salvar a su pueblo, y comunicando, tarea y nombre, a su elegido. Dios se define a sí mismo por lo que hace por su pueblo. De hecho, el nombre que se da a sí mismo permanece siendo un enigma, por más esfuerzos que haya hechos los estudiosos. No se ha encontrado aún una explicación que satisfaga a la mayoría. Dos datos son evidentes. Partiendo de que el nombre en la cultura bíblica, define a la persona, la identifica describiendo rasgos de su personalidad, de la palabra *Yhwh* sólo puede decirse con seguridad que significa un ser que es, que consiste en existir, o mejor quizá que causa el ser, que puede hacer ser a los demás. Por el contexto en el que Dios se define como «*quien es*», dentro de la manifestación de su programa de liberación/adopción de Israel, es indudable que *Yhwh* es un «*ser para*» la salvación de su pueblo. Seguro que existía antes, siendo como era «*el Dios de los padres*» (3,6.13.15), pero de ahora en adelante, y «*de generación en generación*» (3,15) querrá ser recordado con *el Dios que es para la liberación* de los oprimidos, *el Dios que lo es* de aquellos a los que libera. El Dios de Moisés se ha dado un nombre, salvando, pero el nombre que Dios ha elegido para sí queda, por no ser del todo aferrable, libre de manipulación o malentendido. No se ha revelado Dios sino en lo que promete y realiza a nuestro favor.

2. La vida

El Dios de Moisés salió del anonimato, dándose un nombre, cuando quiso liberar unos esclavos. Hasta entonces se había ligado a un hombre y a su clan (Noé, Abrahán, Esaú, Jacob), nunca a un pueblo. Y lo más sorprendente de semejante decisión es que el pueblo no se lo había pedido expresamente. No dejaban de quejarse, lo que llamó la atención de Dios, quien vio el sufrimiento, se recordó de las promesas que había hecho a los antepasados y se decidió a intervenir. Fue por pura compasión que Dios se resolvió. Había sido El, quien 'viendo' la aflicción, recordó las promesas hechas a los antepasados y decidió implicarse. No lo movieron las súplicas, le conmovió el sufrimiento. Por pura compasión se puso a salvar y para ello se dio un nombre.

Para que Dios nos salve de nuestras esclavitudes no le hacen falta nuestros ruegos, sólo nuestro sufrimiento, inhumano, forzado. Dios no salva de servidumbres bien

llevadas, de dependencias elegidas, sino de cuanta desgracia nos haga clamar al cielo, de toda injusticia de la que no nos podamos librarnos, de sumisiones impuestas que no nos permiten crecer como hombres ni como creyentes. ¿No será que seguimos alimentando esclavitudes sin queja porque nos vienen bien? ¡Razón de más para que Dios no se fije en nosotros! ¿Cómo nos va a prestar atención si no le damos a entender que lo necesitamos? Cuando una servidumbre impuesta se nos haga insoportable, nuestros gritos llegarán al cielo y Dios contemplándonos sufrir se conmovirá e intervendrá a nuestro favor.

No le hizo falta a Dios otra razón para implicarse que su compasión. Israel aún no era pueblo de su propiedad. Pero recordó la palabra dada en el pasado. Comprometido con los padres, no podía dejar sin asistir a los hijos. Y para cumplir su promesa fue a elegir al menos 'recomendable'. Moisés no había sufrido nunca la esclavitud en Egipto. Y si se escapó fue porque temía perder la vida. Cuando ya la había rehecho, es cuando Dios le fue a encontrar: solo una persona libre puede liderar una liberación. Su experiencia personal, de fugitivo, primero, de pastor, después, le ayudaría a promover huidas y a guiar en el desierto. Dios tiene extrañas maneras de preparar a sus lugartenientes: había matado a un egipcio por compasión; y representará a un Dios que matará los primogénitos de Egipto para misericordia con Israel; tuvo que crear una familia y vivir en el desierto quien iba a liderar un pueblo durante cuarenta años por ese desierto. Ciertamente, Moisés no podía sospechar, antes de encontrarse con Dios, que su vida anterior había tenido un objetivo. No lograr entender lo que nos pasa, rechazarlo incluso, puede impedir o dificultar el proyecto que Dios tiene sobre nosotros. No es que hay un *por qué* a cuanto nos sucede, es que *hay un Alguien* que nos está educando para que mejor realicemos la salvación de los nuestros. Quien se sabe llamado por el Dios de Moisés no pone reparos a su pedagogía; puede que no vea más que dolor y sinrazón; si Dios lo piensa hacer su representante tiene que haber pasado, personalmente, por lo que ha de pasar su pueblo.

Al elegir Dios a Moisés, le revela no solo su plan sino sobre todo su nombre. Le ha identificado su tarea y se identifica a sí mismo. El elegido de Dios conoce al Dios salvador en el mismo momento de reconocerse por Él llamado. No se puede quejar un llamado de no conocer a Dios por su propio nombre..., a no ser que no haya sido, en realidad, llamado. Para intimar con Dios basta saberse elegido. No se entiende bien que haya tantos que presumen de vocación y no logren esconder su ignorancia de Dios. ¿En dónde apoyan su pretendida vocación? ¿En lo que hacen o en por Quién lo deben hacer? ¿Y cómo ponerse al servicio de un Desconocido? Sin trato continuo con Quien nos envió no hay servicio posible.

Dios se dio un nombre para que fuera con él reconocido «de generación en generación» (3,15). Lo reveló cuando Moisés buscaba zafarse de la imposible tarea de liberar a Israel. Y a su pregunta, supuestamente humilde, «¿quién soy yo para...?». (3,11), Dios respondió manifestando quién era Él. Para salvar a otros hay que identificarse: Dios, con lo que es, Uno que existe para que los demás sean libres; el elegido, con la misión que se le encomienda. No le faltaban razones a Moisés para

sentirse el menos adecuado para liberar esclavos. Pero Dios no quería de él que se identificase con lo que le había pasado, sino con lo que tenía que realizar y le había presentado. A quienes llama Dios no los quiere por lo que han logrado, sino para que logren ser lo que El desea. Ni la indignidad, ni la indisponibilidad son buenas excusas para un Dios que llama. Pero - ¡atención! - no llama más que a quien no se siente a la altura de la misión...

Moisés, primero, e Israel, después, supieron que contaban con un Dios a su favor, que tenían un Dios que 'recordaba' sus promesas y, conmovido, 'se fijaba' en sus desgracias, cuando Dios dijo quién era. El nombre que reveló es, sigue siendo y lo será hasta que lo veamos a Él cara a cara, un enigma. Así no nos deja tomarlo en vano, manipularlo a nuestro antojo. Pero si no nos dijo netamente Quién es, nos dejó claro que es para salvar a quien sufre y clama. No nos permitió conocerlo totalmente, pero nos confirmó que para liberarnos salió del anonimato, que vive para desvivirse por nosotros, que es «*El-que-es-para-nosotros*». Saber de Dios es, pues, saberse salvados. ¿Por qué será que saber de Dios no nos hace más alegres, mejor agradecidos?

3. Mi Dios

¿Qué tendrás, Señor, en tu mirar que, cuando descubres la desgracia ajena, te dejas conmover por lo que ves? Moisés también la vio y reaccionó matando al agresor de su hermano. Tu la ves e intervienes a favor del desvalido. ¡Qué diversa forma de emancipar a esclavos! A tu mirar lo dirige la compasión, no la sed de justicia. ¡Cómo quisiera tener tu mirada y conmoverse ante la aflicción de la gente! ¡Cómo me gustaría saber escuchar en sus gritos de dolor una invitación a implicarme en sus infortunios! Dame tu mirar y cambia mi corazón. Que no asista indiferente ante el malestar de mi gente, ni me revele con violencia frente a la injusticia reinante. Enséñame a conmoverse ante la desgracia ajena para que, como Tu, me sienta llamado a hacerme presente entre quien la sufra. Dame, Señor, tus entrañas de misericordia y hazme digno re-presentante tuyo.

No logro entenderte, Señor. Al que había reaccionado ante el infortunio de los suyos, y con violencia, a ése lo escogiste para liderar tu salvación. Enviaste a Egipto a quien había visto lo que Tu, unos esclavos tiranizados, y oído lo que Tu, su clamor y desesperanza. ¿Será que, porque evito ver, y me niego a escuchar, el sufrimiento de quien vive a mi alrededor que no te conozco, misericordioso Señor, ni me reconozco como tu enviado, signo y portavoz de tu compasión? ¿No me estarán faltando ojos y oídos en el corazón, para dejarme herir por las desgracias de los míos? Desinteresado como vivo de los demás, no logro saber que te interesas por mi y me quieres en tu proyecto de salvación.

Me parece estupendo que vernos sufrir te haga recordar tus promesas; que te devuelva a previos compromisos con nosotros. Que más, y mejor, que una plegaria a ti dirigida sea tu vernos afligidos lo que te hace acordarte de tu empeño en estar ahí, siempre, a nuestro favor y disposición. Tendría que aprender a hablarte más que con

mis palabras con mi vida, más que con mis deseos con mis penas. Quien sufre, ante Ti, reza; quien vive esclavizado en tu presencia está por ser liberado. No porque me lo merezca, sino porque tu no soportas verme sufrir.

Conocer a Ti es conocer la miseria de tu pueblo, puesto que Tu te has dado a conocer cuando te has fijado en ella. Que cuanta esclavitud vea, cuanta injusticia constate se me convierta en un modo de encontrarte de nuevo y conocerte mejor. Muchos esclavos había en Egipto, Señor, cuando tu elegiste a los que no dejaban de lamentar su postración. Te recordaron quién eres y a qué te habías comprometido con sus padres. No eres insensible con la opresión injustificada, ni neutral con quien la promueve. Dame, Señor, saber de Ti, conocerte íntimamente en el sufrimiento de mis hermanos. Que no siga el ejemplo de Moisés que quiso liberar a uno dando muerte a otro. Que aprenda, como Tu, a acercarme al que está mal y vivir junto a él compadecido, mejor, padeciendo con él.

Me conforta, Señor, saber que te has dado a conocer un día liberando a esclavos que sufrían sin esperanza. Porque donde sufra yo y donde está sufriendo mi pueblo allí estarás Tu dispuesto a manifestar tu oposición a nuestro dolor y tu rostro. No es que te hayas identificado con nuestra desventura, es que has proclamado estar en contra de todas ellas. Eres un Dios que todo lo puedes, menos ver sufrir a los tuyos. Te doy gracias, Señor. Quizá hayamos merecido padecer cuanto nos aflige, pero no a Ti no te merecemos. Vives para que vivamos felices y te desvives para que no muramos a manos de nuestros enemigos. Bendito seas, mi Señor.

Por más que lo intento, no logro entender la razón última de tu revelación personal. Te diste un nombre nuevo liberando esclavos que gritaban su malestar. No me parece una hazaña digna de un Dios que se precie. ¿Por qué te cautivaron unos cautivos? ¿Por qué ligaste tu nombre con el de unos siervos? Te bastó conocer su desdicha, para darte a conocer... Ven, Señor, a verme, conoce mi desgracia y dame a conocer tu rostro. Quiero conocerte y ser libre, compadécete de mi.

🎯 El anaquel

“¡Continúen abriendo!”

Luis Alberto Gonzalo Díez
(*Director Vida Religiosa*)



En el mes de junio de 2015, el Papa Francisco recibió al director de nuestra revista. En ella nos deja dos expresiones directas y claras que tienen que ver con la salida a la frontera, el cambio de paradigma y el despertar al mundo: «oren por mí y continúen abriendo».

Orar y abrir son pues los verbos de la novedad de este Pontificado y de la vida religiosa en él. Presencias claras que reivindicuen la antropología y en ella siembren la encarnación que salva, redime y hace justicia.

Signos claros

«Acumula y redime millas, viviendo grandes experiencias» reza un slogan de una conocida línea aérea de nuestro globo. Se trata de un reclamo y una invitación al consumo y a esa libertad, entre comillas, que conmueve el sentir de los contemporáneos.

Un mensaje comercial y también confuso que integra valores de Reino al servicio del mercado. Se trata de la ambigüedad de los signos que amenaza esta era de logros. La clave de esta época es que todo sirva conforme a las necesidades que tienes o decides tener. Es la ley del mercado o del supermercado en la que lo bueno es que cubras tu necesidad y que incluso preveas qué necesidades puedes tener porque te lo han contado, o porque hay quien disfruta de soluciones a problemas, aunque, de momento no los tengas. La cuestión es protegerse y estar preparado.

El signo de la vida religiosa ha caído en un cierto bien de consumo. No ofende, pero tampoco está cerca de los momentos vitales y urgentes. Con lo cual va perdiendo incidencia, oportunidad y novedad. Está ahí y forma parte del paisaje, más bien urbano, de sociedades que fueron muy uniformes y cristianas y que, hoy, han dejado de serlo.

Nuestro Papa acuñó aquella expresión clara de los «hospitales de campaña». La agilidad y frugalidad, junto con la cercanía al dolor, son los contenidos del signo claro, necesario y pertinente para una vida que solo pretende comunicar la alegría del Reino. Especialmente entre quienes la han perdido, o se la hemos quitado.

La búsqueda de la claridad, --valga la redundancia--, es poco clara. La necesidad de que la alternativa tenga fuerza lleva, en no pocas ocasiones, a ciertas medidas de excentricidad o cambios radicales para los que un cuerpo con tanta historia como la vida religiosa, no está «programada» ni puede asimilar. El signo claro en la disyuntiva actual –estimamos– viene por una paulatina y decidida separación de presencias y estilos actuales que pueda ser digerida por un cuerpo envejecido como es el de los religiosos.

Recuperar las presencias «inútiles» que muestren en los contextos que hay quien está dispuesto a escuchar, a perder el tiempo y a ofrecer gratuitamente los valores que no se acaban, constituye, en verdad, el gran signo de la vida religiosa del siglo XXI.

Es evidente que han perdido fuerza para nosotros aquellas decisiones que se sostienen en la ambigüedad. No sirven, ni comunican vida el mantener presencias porque tuvieron historia o porque tuvieron prestigio o porque fueron reconocidas, en su momento, como una muestra de excelencia. Es más, la claridad del momento impone que justamente aquello por lo que más hemos luchado como logro de nuestra empresa articulada, desaparezca, para presentarnos como algo ligero, débil y alternativo que signifique Reino.

Creemos que el signo más claro es la fraternidad religiosa. Aquella que es integradora y no uniforme. Con capacidad de acogida y renovación. Aquella que se regenera y cambia ofreciendo solo y claramente la «comensalidad» del Reino en la que todos y todas caben. Creemos además que ha de ser una comunidad que renuncie a la historia, en lo que ésta tiene de logro o seguridad, que ame el presente y se integre en los procesos de la humanidad apoyando todo lo que sirve a la persona para ser, encontrarse y soñar.

Palabras decididas

Debe estar impulsada por palabras decididas. Aquellas que tienen fuerza y no dejan indiferente a quien las escucha o presencia. Se trata de volver a pronunciar la castidad, pobreza y obediencia con significado. No salva a los consejos evangélicos la tradición de lo que fueron. Necesitan estos principios evangélicos personas que los encarnen desde la búsqueda. Necesitan palabras de verdad que muevan los corazones en el anhelo de lo importante, sin que ello suponga, ramplonamente, seguir un dictado.

La personalización de los carismas permite aprender el idioma en el que el Espíritu se expresa en este contexto. Facilita un lenguaje pronunciado y comprendido que se hace vida en quienes están, siendo, a su vez, posibilidad para quienes vengan. No es un idioma de iniciados, ni misterico que pocos controlan, es el idioma de la fraternidad que lima las fronteras y las rompe de manera que cada comunidad religiosa es un auténtico laboratorio de fraternidad. Es la palabra de esperanza que la sociedad puede ofrecer ante todo drama humano porque constantemente recuerda,

en los procesos más duros de soledad, que Dios se cuida de la persona, de toda persona y en todas las situaciones donde se encuentra.

No es una palabra pronunciada al aire, ni para ganar la aceptación del medio. Es una palabra llena de vida porque nace del compromiso.

Cuando la vida religiosa dice «todos», está expresando con su vivir que nadie está excluido. Cuando dice «gratuitamente», está mostrando que su presencia y amor no tiene, ni tasa, ni medida ni precio. Cuando dice «virginalmente», está afirmando que en el corazón de los religiosos caben todas las personas con sus situaciones, haciendo de cada una el predilecto de Dios. Es un amor verdadero que sufre, llora y sueña con las esperanzas y los gozos de cada persona con su historia, trayecto, edad y cultura: con su nombre y apellido.

Dice la vida religiosa en la pronunciación de su palabra verdadera que es «obediente», porque está abierta al discernimiento. Porque renuncia al «a mi me parece, yo necesito», porque ha encontrado su gusto y sentido en preguntar con otros «qué nos está pidiendo el Espíritu».

Es además una palabra verdadera, porque significa vitalmente que las «cosas» importantes de la vida no son cosas, ni se les puede poner precio y experimenta una libertad, casi indescriptible, con la felicidad de poder dedicar el tiempo, todo el tiempo y la vida, toda la vida, al querer de Dios.

Es una palabra innecesaria, es cierto. La subida o caída de la bolsa no depende de que se pronuncie o no. Éste es también un aspecto de su libertad total, de su minoridad y pequeñez. Es, bien mirado, una constatación que nos conforta y sitúa. El valor de la palabra de la vida religiosa no está en el reconocimiento o la fuerza que tiene en las decisiones de nuestro mundo, sino en la presencia sugerente y nueva que en medio de una vida comercial, pueden pronunciar algunos y algunas que, sencillamente, rompen todo cálculo y desconciertan.

Abrir al servicio de la vida

No se trata tanto de lugares geográficos como de apertura de comprensión. Cada vez, de manera más decidida el lugar de los consagrados no es otro que la vida. Allí donde se genera y juega; allí donde se cuestiona y condiciona. Allí donde se posibilita y recrea son los itinerarios de esa apertura que debe sostenerse y guiarse.

Nos decía el Papa Francisco: «continúen abriendo». Hay que entender en la expresión ese sostener la reflexión y ofrecer guía; ese alimentar itinerarios con sentido y bien evangélicos, sin renunciar a la iluminación que el Espíritu está ofreciendo en esta era en la que cree. «Continúen abriendo» o continúen buscando.

Se trata de no cansarse o caer en la satisfacción o la resignación. Abrir es vivir y comprometerse con la vida. Cerrar es el lenguaje de muerte que aparentando seguridad o protección, en realidad, va situando a quien lo practica en los márgenes.

No los evangélicos, sino en los prescindibles o superfluos que no evocan vida, solo recuerdan un ayer que satisface culturalmente a quien en su tiempo de ocio gusta saber cómo fue el pasado, cómo se vivía en esa época o qué se escribía. El lugar de la apertura es la vida y la calidad que en ella se conjugue. El lugar donde no hay vida es el museo en el que, vayas en el momento que vayas, te encontrarás lo mismo. Ordenado, seguro y protegido. Pero sin vida.

